

Señor. Sr. Jul 88

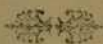
3

RODRIGUEZ DEL REY.

VELADAS

Y

TIPOS DE BROCHA GORDA



IMP RENTA
DE EL DEFENSOR DE GRANADA

1887.

RODRIGUES DE MATA

VELADAS

TIPO DE BROCHET GORDA

THE PLAIN
IN GREATLY

R - 25.526

VELADAS

X

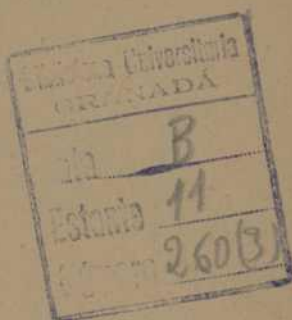
TIPOS DE BROCHA GORDA

COLECCION DE CUENTOS, FOTOGRAFÍAS Y SUÑOS

EN PROSA, Y VERSO

POR

LUIS RODRIGUEZ DEL REY



IMPRENTA
DE

EL DEFENSOR DE GRANADA

Buensuceso, 6

1887

06076841 i

VALLEJO

TIPOS DE BROCHA GORDA

IMPRESOR DE CLAYTON JOHN MITCHELL

LOS RODRIGUEZ DEL REY

IMPRESA

EN LA CIUDAD DE VALLEJO

Sr. D. Joaquín Maucebo y Cano.

A V., querido amigo, dedico este pequeño trabajo, no como obra literaria, ni con pretension alguna, sino como un mero entretenimiento, al mucho y cariñoso afecto que tengo que deberle.

Acéptelo V. y satisfará los deseos de este su afectísimo amigo

Q. S. M. B.

Luis Rodríguez del Rey.

VELADAS Y TIPOS

INTRODUCCION

POR las noches, necesario es pasar el rato, esto es, matar el tiempo; y yo como no tengo café, casino ni ateneo, me entretengo solo con emborronar papel, y presentar como puedo y mi musa quiere, varios cuentecillos de chispa unos, téttricos otros, y unos cuantos "*Tipos de brocha gorda*," que por ser de actualidad, me callo y no digo el nombre, porque entonces dirian que era un hablador, y yo quiero pasar por un hombre formal. Rodeado de toda mi familia, les explico las diabluras de los dioses del Olimpo, entremezclando algun cuentecillo satirico, y sobre todo dándoles una idea de ciertos seres que por sus cualidades, usos y costumbres, merecen el nombre de tipos.

No soy Manuel del Palacio que tan fecundo es en sus ideas y tan chistoso en su estilo; no puedo acercarme á Eusebio Blasco que en todos sus escritos derrama la sal y elegante forma; solo ha·

ré lo que pueda y lo que mi pobre caletre sepa explicar en una prosa, todo lo mejor que se pueda, sin acercarme á ninguna figura de retórica ó de dición. Esto prometo, y aunque no siempre lo bueno es bueno, y una cosa es prometer y otra el dar; y al hombre por el cuerno y al buey por la palabra.... digo no, me he equivocado; al buey por el asta y al hombre por la palabra, procuraré el complacer á todo mi auditorio.

Como Vds. habrán comprendido, yo soy casado y poseo, además de mis bienes de fortuna, una mujer con tres hijos y una enorme suegra que coronan mi posicion moral, social y política; es decir, que no me falta nada para ser feliz; canto, bailo y me rio de todas formas y en todos los tonos imaginables, desde el más profundo y grave hasta el empinado *do* de pecho. Dicho esto como introduccion, voy á empezar mi denodada tarea con un cuentecillo que desearé sea del agrado de mis lectores ú oyentes.

I.

HISTORIA DE UN PAPEL.

EN vísperas de Pascua me encontraba triste, aburrido y sin una peseta; en una verdadera crisis financiera. En tan deplorable situación, fuíme como un hurraño gato, huyendo de las gentes, al desvan de mi casa, vulgo solana, considerando lo injusta y tirana que era para conmigo la fortuna.

Dando vueltas y revueltas, la cabeza caída y las manos á la espalda, resonaban mis pasos por aquel estrecho recinto, cuando sin saber cómo reparé en un escusabaraja que vetusto, roto y macilento yacía en un rincón. Me extrañó semejante mueble, pues no era de mi propiedad.

Quédome mirándole pensativo, y picando mi curiosidad (porque han de saber Vds. que yo soy muy curioso), levanto la tapadera y me encuentro con un almacén de papeles, pero entre ellos, ¡soberano Dios! llamó mi atención uno súcio y mugriento que tenía todas las condiciones y aspecto de un billete de Banco.

Aquí se acabaron mis penas, mis dolores, todos mis sufrimientos: ¡Viva la Providencia...! ¡Viva la Pepa! Le agarro con mano trémula y crispada, le sacudo el polvo y de ciertas materias que me callo, pero que se adivinan, y deseando el cam-

biarle en buenas y doradas monedillas de cinco duros, le desdoblo, y.....¿qué creerán Vds. que se desplegó á mi vista? Pues un papel manuscrito, sumamente borroso y que súcio, estropeado y de mal color, mas bien parecia una quisicosa que aquel elemento de la trasmision del pensamiento.

Le doblo y desdoblo, le miro y remiro por más de cien veces; pero nada, señores, no veía, me encontraba á oscuras. Aquello parecia cosa de nigromancia.

Bajo á mi oficina, vulgo escuela, me encierro en ella, y todo ansioso y pensativo, empiezo nuevamente á querer leer aquel papelote: pero ¡cá! ni pensarlo.

Dije entonces, convirtámonos en un espiritista, y tomando mi vaso con agua, mi quinqué y unos cuantos libros como aisladores, me pongo en facha y empiezo á mirar y remirar; pero nada, señores, ni esto: el papel no queria hablar.

Mesándome los cabellos, invoco á Guttenberg, Franklin, el Marqués de San José, Cagliostro y á todos aquellos que mi loca fantasia pudiera creer me ayudasen á descifrar aquel negruzco problema; pero, señores, nada, absolutamente nada. Aquellos buenos sujetos se encontraban, sin duda, de parranda y no quisieron venir.

Lleno de ira y furioso, invoco á Satanás; pero este caballero estaba muy ocupado, y no quiso atenderme: si le hubiera pescado de los cuernos, le doy una paliza.

Viéndome aburrido, ya lo iba á dejar, pues la tierra, ni el cielo, ni el infierno querian oirme, cuando recuerdo que en uno de los cajones de mi mesa se encontraba una clave taquigráfica.

Agarro el papel, le baño en ácido hidrico mezclado con sulfúrico, le arrimo un fósforo y..... chas..... pun, me veo aquellos caracteres indecifrables, hechos signos ya legibles y con una fabulilla de un conocido escritor, que aunque macarrónicamente por lo mal escrita, decia así:

LOS NIÑOS Y LOS PASTORES.

Fuera de la poblacion
unos niños á batirse
salieron, por divertirse,
formando doble faccion.

Venció de la villa el bando
al del barrio, y á pedradas
á las fuerzas humilladas
tenaz las fué dispersando.

Tranquilos espectadores
de la victoria y furor
del partido vencedor
se hallaban unos pastores.

Eran de la vecindad

del bando que sucumbiera;
y que un niño lo supiera
quiso la fatalidad.

En vano fué su inaccion
del combate á la señal,
“¡mueran los del arrabal!”,
les hieren sin compasion.

Un porte tan inhumano
con quien no fuera enemigo,
aunque del contrario amigo
pone la honda en su mano.

Trábase rudo combate:
únese el disperso bando,
y dobles fuerzas cobrando
al vencedor busca y bate.

Y el que abusó néciamente
del triunfo de su partido,
por aquel fué destruido
á quien persiguió inclemente.

No se muestren opresores
ni abusen de la victoria
los partidos vencedores,
conservando en la memoria,
Los niños y los Pastores.

II.

UN LOCO COMO.....

Todo en el Mundo es relativo, decia un filósofo moderno, y así es que la dimension del Sol es proporcional á la de la Luna; el elefante se parece en algo á la pulga; el hipopótamo á la ardilla; el buitre al colibrí ó al ave del paraíso, y, en fin, la mayor hermosura con la más horripilante fealdad: todo tiene, bien mirado, su relacion. La noche y el dia forman algo de comun; el caracol, el buey y la Luna se parecen en algo, y segun dicen algunas crónicas tienen un verdadero parentesco y homogeneidad: vemos que el Sol tiene luz propia y la Luna no; el elefante se alimenta con yerbas y granos; la pulga con sangre; el hipopótamo vive en el cieno; la ardilla en lo más limpio y aseado del hueco de un árbol; el buitre es esencialmente carnívoro; el colibrí insectívoro; de forma que se encuentran en una completa oposicion. Así reflexionaba yo, y me preguntaba para mis adentros: ¿en qué se parece un elefante á un galgo? ¿en lo ligero?: ¿en qué una hotentote á una hermosa griega? ¿en el vestido?; y, por último, ¿en qué se parece un mono á una aceituna? Aunque muy antiguo, contestaremos: en cosa ninguna. Y, en conclusion, nosotros pre-

guntariamos: ¿á qué se parece el hombre, ese animal bipedo y sin plumas.....? Sin titubear contestariamos: á las diez plagas de Egipto.

No hay que asustarse, señores: esta es una opinion como otra cualquiera. De esta forma raciocinaba yo, cuando llegué dando un paseo al bonito y pintoresco del Triunfo. Entonces me acordé que en el Hospital de los locos tenía un amigo que se encontraba colocado de loquero mayor, y me decidí el pasar á verle y hacerle una visita. Entré en su habitacion y despues de darle un abrazo, y estar un gran rato de conversacion, me dijo que habian recibido un loco nuevo sumamente curioso é inofensivo, pues era su manía el tener el Mundo en la barriga, y á especie de catalineta ó titirimundi va enseñando sus distintos cuadros. Pues vamos á verle, exclamé, y pasaremos el rato. Entramos en un enorme corredor donde se encontraban varios grupos de pacíficos locos.

—¿Quién es Dios? preguntó mi compañero con voz extentórea; pues así decía llamarse aquel desgraciado.

—Presente, contestaron, y nos encontramos con un hombre ya anciano, bien vestido y de modales finos y distinguidos.

—Indudablemente Vds. querrán ver mi caja maravillosa. ¡Ah! ¡es magnífica! ya verán, ya verán!: diciendo esto se saca el camison por delante y empieza á imitar con la boca y las manos la

trompeta y el tamboril. Despues siguió llamando en alta voz de la forma siguiente:

—¡Este es el Mundo, señores! ¿Quién quiere verlo.....? El que no esté aburrido bien puede sacrificar una pieza de perro grande. ¡Á la cosa rara, la cosa curiosa! Y de esta manera anunciaba la funcion. De pronto se para y con una voz de sorchantre empieza de esta forma:

—¡Ejé, ejé, ejé! Ahora verán Vds. la Puerta del Sol, ombligo de España, y en ella á los generales relevar la guardia del Principal.

—¿Hombre, á los generales relevar...? interrumpí yo con asombro.

—Si señor, ya no hay soldados, todos son generales; mucho relumbron..... y luego..... buen retiro. ¡Pobre España! Aquí verán Vds. en el lado inmediato, á un litigante que pleitea por sesenta duros y reparte ciento veinte entre el portero de estrado, el escribano y el procurador..... sin dar nada á los jueces, porque la justicia es gratis..... Muy cerca encontrarán Vds. un Ministro con palabra, que siendo periodista era republicano, llegó á Diputado y se hizo liberal, mas cuando atrapó la poltrona se constituyó en conservador: cosa muy conocida, pero de poca vergüenza. ¡Á la cosa rara, á la cosa curiosa! ¡Moralidad, señores, moralidad! El que le sigue es un prójimo que tenía por esposa á una mujer mucho más jóven que él, é infinitamente ingénua y amiga de hacer obras de caridad; y para probarla que al menos en otro tiem-

po había sido un buen mozo, hacia relación á su cara mitad de los maridos á quiénes había... Cuán feliz eres en haber conseguido tanto, le respondió con sencillez su mujer; hasta ahora no he conseguido yo hacer más que un Tente lengua que te resbalas. ¡Al nuevo mundo! ¡á la maravilla! Vamos, señores, ahora verán Vds. á un caballero formal, que predica la parquedad, es un cenobita para todo el mundo, aborrece la gula delante de toda la sociedad, y por las noches toma cada papalina que á Dios le dice de tú: todo es cuestion de forma. Vean Vds. el que le sigue, tipo del día: ha pertenecido á todas las asambleas, clubs y juntas; ha chillado, alborotado y graznado en todos los tonos imaginables, y se ha vuelto loco porque el gobierno no le ha confiado la más mínima comision: como la cosa que más amaba en el mundo era la igualdad, cree ahora el ser rey de España, y se ha hecho una corona de papel. Está descalzo de pié y pierna, y se pasea majestuosamente por la sala aclamándose á sí mismo con los gritos de ¡viva el Rey! El de más allá es un mercanchifle que ha perdido la cabeza estudiando los nuevos pesos y medidas. ¡Ya lo creo! son tan difíciles de entender...! Esta del lado es una madre que no ha podido llevar con paciencia que un jóven de veinte años guste más de su hija que tiene diez y seis. Aquí tienen Vds. ¡cambio de escena, mutacion! Eh, eh, eh! El laboratorio de un químico; muchas redomas, todas llenas de cosas bue-

nas: vamos á examinarlas, veamos sus letreros. *El desinterés de un agente de negocios; El amor de un usurero; La moral sin vergüenza; La fidelidad entre esposos; La obediencia de los hijos; La castidad de una mujer pública; La amistad del hombre político; Los beneficios á oscuras; La limosna con campanillas; Los deseos de un avaro satisfechos; La justicia en un exámen; La imparcialidad de una madre por los defectos de sus hijos; La modestia de un soberbio; La afabilidad de un protector; El reconocimiento de un noble; La moderacion de un soberano; La ilustracion de un beato; La tolerancia de un neo,* y otras muchas baratijas. Y, por último, aquí teneis al hombre, que lo formó Dios á imágen y semejanza suya, y, sin embargo, tuvo la feliz ocurrencia de concederle el ódio, el furor, la envidia, la perfidia, la hipocresía, la intemperancia, la lujuria y..... otra infinidad de zarcillos que como la cabeza de Medusa, adornan su frente. Este es el hombre, caballeros...! el Rey de la creacion.

Así terminó nuestro loco, y haciéndonos un grotesco saludo al mismo tiempo que se metía la camisa, nos volvió la espalda, perdiéndose por aquellos largos corredores, y yo no pude menos de exclamar. ¡Pobre humanidad!

EL CACIQUE DE UN LUGAR.

UNO de los tipos más difíciles de describir para nuestra pluma es *El Cacique de un lugar*, no por nada, sino por su misma vulgaridad, por su infinita variedad en esencia, presencia y potencia; pero nosotros, para mayor claridad, elegiremos uno de los más comunes, manifestando sus vicios y virtudes, sus necedades y sus actos de ciencia, su valor y su justicia, por mas que en *caciques* no hay uno bueno.

Pues señor, vamos de tipos.

Nos encontramos en un pueblo de Aragon, de esa tierra proverbial de la Jota y de otras cosas hermosas y palabras..... algo fuertes, pero que no quiero decir por no asustar los delicados oídos del lector: no sé en qué provincia, ni su nombre, pero el caso es que sabemos el reino, y el lector puede creerse en cualquier lugar de los que tanto abundan en sus tres provincias. Hermoso, agreste, de feraz vejetacion, rodeado por varios ríos que fertilizaban su suelo abundante en pingües cosechas; pero el pueblo, ¡oh! el pueblo, de un aspecto feo, ceniciento oscuro, gris y de tierra empinada, encontrándose solamente seis ú ocho casas de regular aspecto; ladrillo y no adobes.

cal y piedra y no arena y barro. En una de aquellas mansiones vamos á penetrar, pues era el palacio del cacique de aquel terreno.

En la plaza y en una bonita posicion se encontraba aquella casa, pero de aspecto feo y primitivo, por mas que en su interior tuviese todas las comodidades: casa de un labrador que recogia dos mil quinientas fanegas de granos, mil arrobas de aceite, quinientas ó mil fanegas de almendra, etc., etc. de manera que su casa era una rica colmena, sin contar con una punta de más de mil ovejas que tenía exparcidas por aquellos montes.

El Sr. D. Bárbaro Silvestre Majaderano Cabeza de Buey, era su dueño, y seria hombre como de unos treinta á treinta y cinco años: en su juventud le habian mandado sus padres á estudiar á Zaragoza; pero como hijo único, cursó á duras penas y con malas notas hasta el grado de Bachiller en Artes, y al empezar carrera, se plantó á sus padres y les dijo que no queria carrera alguna, recordándonos cierta décima que le venia como de anillo al dedo y que dice así:

EL PADRE Y EL HIJO.

Ántes, siendo un animal,
ibas á arar á mi lado,
y ganabas un jornal:
hoy, gracias al dineral
que el título me ha costado,

eres todo un abogado
y nunca ganas un real.
¡Mira tú si hemos ganado.....!
Tú inútil, y yo arruinado.
¡Merecemos un ronzal!

Mas con aquella aclaracion, tiraron los padres del pequeño millonario, y fué otra vez dedicado al campo con los trabajadores, saliendo por la mañana á caballo y no volviendo hasta la noche; es decir, que nuestro amigo fué un asno á la Universidad de Zaragoza y salió más bruto que habia ido, con más en añadidura, los vicios y las grandes ambiciones que siempre pululan en los grandes centros de poblacion.

Murieron sus padres y se encontró al frente de su pingüe herencia, empezando su carrera de *caciquismo* de la manera más violenta que puede darse, molestando al Gobernador de provincia por la cosa más baladi, pero que á él le conviniere; tenía en un pié á la Diputacion provincial por cualquier necesidad, pero todos le complacían, pues él solo con sus arrendatarios, ganaba una eleccion.

Presentémosle en un diálogo que mas claramente nos demuestre el tipo.

Sentado en una enorme butaca de gutapercha, y arrimado á una mayúscula chimenea de campana, donde ardía una carga de leña, se encontraba nuestro hombre leyendo un periódico, cuando levantando el portier ó cortinon de la

puerta de aquella inmensa habitacion, asomó la cabeza del alcalde.

—Dios guarde á V. Sr. D. Bárbaro.

—Adelante, tio Colorin: ¿qué buen viento le trae á V. por aqui?: tome V. una silla.

El tio Colorin la toma y se sienta, empezando á darle mil vueltas al sombrero entre sus manos y balbucear algunas palabras.

—¡Tio Colorin.....! V. trae alguna cosa..... ¿Ha hecho V. alguna barbaridad?

—¡Cá! ¡no señor! ¡ni por piense!: yo sé dónde me aprieta el zapato, y no soy tan bruto que no entienda lo que V. me mandó; pero es el caso.....

—Ese es el caso que yo espero, repuso impaciente D. Bárbaro arrugando el entrecejo.

—Pues es el caso, como iba diciendo, que el tio Coscorrones tiene un hijo, que V. lo conoce, y que como vuesamerced, quiere ser abogado, por más que luego no se desamine, como á otros les ha pasado.....

—Al grano, tio Colorin.....

—Pues el niño se nos sube á las barbas, y esta mañana en la plaza ha dicho á voz en grito que vuesamerced es un animal y un bandido; que no quiere V. pagar al gobierno ni lo temporal ni eterno; que los consumos son obra y hechura de V. con anuencia mia; que V. hace y deshace lo que le da la gana en la administracion del pueblo, porque yo soy un babieca y un follon malandrino, lo cual no sé que es.....



—Habrá bribon deslengüado.....!

—Que cuando V. nos necesita, nos dá una palmadita en el hombro y una sonrisa de soslayo; que todo lo que posee en fincas, son robadas por su padre de V. y V. de Bienes Nacionales, y qué se yo cuantos más improprios.

D. Bárbaro no hacía mas que rebullirse en la butaca, como si debajo de las nalgas tuviese diez mil alfileres, durante toda aquella relacion: de pronto se levanta y con voz de trueno y tono airado exclama:

—¿Y vamos, y qué, pregunto yo?; ¿por qué á él y á todos los suyos no los ha metido V. en la cárcel y les ha formado su causa?

—Sr. D. Bárbaro, no se puede hacer todo lo que se quiere, y sinó.....

—Basta.

El caeique se endereza cual una serpiente, toca la campanilla y presentándose un criado le dijo:

—Antonio, llegue V. con el alguacil á la casa del tio Coscorrones, y de parte del Sr. Alcalde que venga aquí.

—¡Sr. D. Bárbaro.....! no vaya V. á hacer una barbaridad que me comprometa, repuso el Alcalde.

—¡Calle V. so Alcalde de palo! Ya verá V. cómo se manda.

El criado salió y al poco rato dió la vuelta con el tio Coscorrones, que refunfuñando y de mala gana seguia á los dos dependientes, Era un hom-

bre grueso y magro, ya de edad, pero que no denotaba en su cara mas que el ser un hombre de bien, satisfecho de ser rico. Al verle entrar, el cacique se levanta encarándose con él, y de buenas á primera le empieza la siguiente filípica:

—Tio Coscorrones, tiene V. un hijo muy deslenguado y á quien voy á póner en un presidio.

El tio Coscorrones se endereza y echando fuego por los ojos le contesta de esta forma:

—¿Qué.....? mi hijo ha dicho la verdad, y el que merecia estar, no en presidio sino en galeras, es V., que es un.....

—¡Mire V. lo que se dice.....!

—Lo dicho, dicho. ¡Cabalito! Todas las fincas que yo poseo, que son más que las de V., han sido heredadas de mis abuelos, de mis padres, y no como las de V., con la cuartilla por rédito en fanega, ó de otra forma peor.....

—¡Tio Coscorrones, V. es un infame!

—¡Siempre más honrado que V. y toda su casta!

—¡Ahora lo veremos, viejo insolente! ¡Á ver, este hombre á la cárcel!

—¿Mi padre á la cárcel? grita un buen mozo asomando la cabeza por la puerta con un revolver en la mano. ¡Todavía no ha nacido el guapo que lo ha de llevar!

—¡Y á tí tambien.....! ¡baratero.....! ¡Favor al Rey! exclama negro de ira D. Bárbaro, y todos gritan, escandalizen y se arremolinan al lado del

tio Colorin, que no hacia más que bufar y dar resoplidos. Al estrépito y escándalo acude la Guardia Civil, que preguntando la causa de todo aquello, les contestó D. Bárbaro.

—Ese par de cantonales que me han querido asesinar; ¡y si nó, vean ustedes el revolver en la mano!

Otro alboroto de protestas y gritos, pero nuestros dos amigos el tío Coscorrones y su hijo, fueron á la cárcel, y de allí conducidos á Zaragoza con un buen parte; parte como puesto por su enemigo D. Bárbaro, el que hubiera querido mandarlos á Manila. Mas como no siempre lo bueno es bueno, y no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, y á mal traer mal llevar, nuestros dos presos encontraron proteccion é influencia en Zaragoza, donde al enterarse de tal felonía, los sacaron de la cárcel, se los llevaron á su casa y los obsequiaron en todo, mientras se terminaba la causa que se seguía en uno de los Juzgados de primera instancia: al terminarse aquella con todas sus peripecias, tuvieron la suerte de ser absueltos, al mismo tiempo que hubo variacion de ministerio, por lo que fué depuesto nuestro alcalde Colorin con todo su Ayuntamiento, encausado á su vez y siendo nombrado la primera autoridad de aquel pueblo ó lugar, el bueno del tío Coscorrones.

¿Y nuestro tremebundo D. Bárbaro Silvestre Majaderano Cabeza de Buey? Se evaporó: se re-

tiró á Francia por algun tiempo, no sin jurar y perjurar que á su vuelta se la habian de pagar, recordándonos aquella fábula de Príncipe, que dice:

LOS DOS MASTINES.

Un Mastin, que ya sin dientes
de puro viejo se vía,
ladraba de noche y día
á toda clase de gentes.
—Ahullidos impertinentes
son esos á mi entender
(dijo otro Mastin, al ver
su empeño en alborotar):
¿De qué te sirve el ladrar,
si ya no puedes morder?

En el pueblo se recibió al tío Coscorrónes y á su hijo, acompañados muy respetuosamente por la misma Guardia Civil que antes los habia maltratado, con palmas y olivas, echando todo al olvido y las bandurrias, guitarras y pandere-tas tocaron los acordes de la Marcha Real, Jota y otros aires nacionales, con los que mozos y mozas bailaron en la plaza, llenos todos de la mayor satisfaccion: les habian quitado un cacique que siempre es un tirano.

LA INGRATITUD.

ESTA noche me toca hablaros de un sueño que no hace muchos dias tuve; de una de esas pesadillas que tan comunes son, y mucho más en los Maestros de Escuela, que tan ligeros solemos estar de estómago y de bolsillo, maldicion que sin duda el pícaro de San Casiano nos echó.

Pues, señores, va de cuento.

Érase una noche del mes de Diciembre; de esas noches frias y tenebrosas en que el relámpago, el rayo y el trueno se encontraban mezclados con una abundante lluvia torrencial. Las once y media serian, cuando me encontraba en mi humilde casa al amor de una triste y macilenta lumbre, mas triste y arrepentido que el alma de Júdas y mas escuálido que mis escurridos bolsillos, alumbrándome con la titilante luz de un negro candil de hierro: señores, era una verdadera noche de invierno.

Embebido en mis tristes pensamientos, calculaba el rigor de mis desdichas, y que mi señora madre debiera haberme echado al mundo de piés ó de costado, de espaldas ó de pecho, menos de cabeza como á los demas hombres, pues todas mis desgracias se hubieran remediado con haber nacido de cualquiera de aquellos modos, menos

del último que fué el peor. Es decir, señores, què nací con la cabeza para abajo y los piés para arriba. Con esta posicion tan dificultosa he andado y creo que andaré toda mi vida, sin querer yo ser por eso perisco, anteco ni antípoda. Ustedes no lo creerán, pero es verdad.

En esto pensaba yo, y de soñoliento que estaba me quedé dormido.

La tormenta continuaba y el tableteo del trueno se oía á lo léjos: yo roncaba profunda pero fatigosamente; mas de pronto siento un violento huracán que me deja á oscuras, y de las cenizas de la chimenea rebullirse, iluminarse como un globo de fuego y salir un enorme y abultado enano que, vestido de payazo ó arlequin, me saludó de una manera grotesca, dando unos saltitos y diciendo con una voz cavernosa, dándose importancia:

—¡Yo soy el Mundo.....! y dió una pirueta.

—Sea enhorabuena, caballero, le contesté, con más miedo que vergüenza, pero observando que estaba más gordo que el cebon de San Anton, dije para mis adentros; “este caballero debe ser un hombre de bien.”

Vuelve á removerse la lumbre del hogar, y asoma una figura tan escuálida, fina y delgada que más parecía un alambre, ó una varilla de cohete, que una figura humana. Tambien me saludó con mucho respeto y finura, diciéndome con tono melifluo y voz aflautada:

—¡Yo soy la Fé humana! y pasó de largo.

—Sea bienvenida tan honrada señora, y digo para mí: “¡qué mal parada te han dejado los hombres!”, mas bien me habia parecido un Maestro de escuela ó una danzante, que tan respetable señora!

Detrás de aquel látigo humano, volvió á humear el fuego, y salió una hermosa doncella que dijo llamarse la Prudencia; todos daban vueltas á mi alrededor con pausado movimiento.

Suena un trueno espantoso y aparece un enorme dragon que, arrojando fuego por boca, narices y ojos, llevaba escrito sobre el lomo:

„Yo soy las pasiones.“

Aquel enorme animal, sin tener una chispa de política ni atencion con mi humilde persona, se lanzó con fiereza sobre el orondo y grueso señor Mundo, sobre la delgada y homeopática Fé y sobre la hermosísima y noble Prudencia, devorándolos instantáneamente en un periquete.

Despues, aquella horrible fiera se fué evaporando, convirtiéndose en una nube blanquecina, que subiendo hácia el techo, quedando solo el rabo, el que de pronto se convirtió en un pequeño y diminuto perrillo, el que corriendo se me acerca, se me sube, se me baja con una velocidad vertiginosa: me lame y me relame, me acaricia y revolotea á mi alrededor. Yo me angustio, me ahogo, me sofoco, quiero gritar, pero mi voz se ahoga en mi garganta.

Instantáneamente veo que aquel perrillo tan chiquitín se me para enfrente y empieza á agrandarse y crecer, y crecer y... . crecer, y ya llegaba al techo de la habitacion, cuando reparo con encandilados ojos, que en su pescuezo llevaba un magnífico collar que parecía de oro, segun lo que relumbraba.

Me lanzo sobre él; le agarro con crispada mano, pensando el ser rico toda mi vida con el valor de aquella joya, cuando el dichoso can, permaneciendo quieto y sosegado, abre la boca, y con asombro, me habla de esta forma:

“Ese es el mundo, esa la sociedad:

cuanto mejor la sirvas peor te paga.,

⊞ Vuelve á sonar de pronto un trueno espantoso, y el perrillo trasformado en perrazo, se evapora, se convierte en humo, y yo me quedo con una cosa en la mano que me pareció ser una liga, una liga encarnada, señores! que indudablemente debió ser de alguna diabla.

La miro y remiro, toco y retoco, y en un extremo de ella, noto un papel que á guisa de billete amoroso, se encontraba allí. Le desdoblo y leo claramente en aquel endiablado papel, los populares versos que en forma de fábula decían así:

LOS DOS PERROS Y EL NIÑO.

Tranquilo resó
lebel afamado

un hueso, ganado
saliendo á cazar:

En tanto de un niño
lamía la mano
un can cortesano
ducho en halagar.

Entonces injusto,
el niño travieso,
arráncale el hueso
á quien lo ganó.

Y al que sin trabajo
la presa codicia
de simple caricia
en premio la dió.

Si al niño seguía
aquel al paseo,
en donde el recreo
solía tener;

Allí no vió liebre
corriendo ligera
que viva no fuera
del niño al poder.

Mas ya despojado
el can de su presa
al niño profesa
menos amistad;

Y al campo no sigue
á quien lleva al lado
al perro agraciado
con parcialidad.

¡Cruel desengaño!
cien liebres veía
el niño, y no había
una para él.

Que su compañero
el can cortesano
procuraba en vano
hacerse lebrel.

Que el niño comete
igual desatino
quien quita el destino
al buen servidor;

Y manda á su puesto
á inútil valido,
cediendo á un partido,
ó bien al favor.

Al terminar en mi imaginacion de leer aquellos versos, sonó un tableteo espantoso, el vendabal era horroroso, la lluvia arreciaba y..... despertando de pronto, me encontré sentado en mi butaca. Todo, queridos lectores, habia sido un sueño.

LOS NÉCIOS

No crean Vds. que voy á llamarles la atencion sobre un tema sério y filosófico; no: voy á contarles un estupendo suceso, que separándonos de truenos y relámpagos, enanos y dragones que os asusten, ni os hagan soñar como en mis cuentos anteriores, pero que no deje por eso al mismo tiempo de interesaros y llenar vuestros deseos.

Este es mi objeto; no sé si lo podré conseguir, pero conste que haré cuanto pueda, cuanto esté de mi parte. Dicho esto empecemos nuestro relato.

Es una noche del mes de Febrero; alegre y bullidora, de esas noches de Carnabal que tanto sacan de sus casillas á jóvenes y casquivanas doncellas, como trastornan la cabeza á pollos imberbes y danzarines, cuya felicidad y alegría se encuentran en los brazos de alguna sulipanta mesiéndose al dulce compás de un sasico ó habanera.

Dos de estos caballeros, agarrados del brazo y vestidos con la mayor elegancia, se dirigen pausada y negligentemente tarareando el aria de la Traviata, hácia el Teatro Principal, donde aquella noche se daba un brillante baile de trajes,

reuniéndose multitud de máscaras en el despacho de billetes y en la puerta del salon de baile.

Distraídos caminaban nuestros dos amiguitos, llegaron á la puerta y entregando sus billetes, penetraron en la sala magníficamente decorada é iluminada con profusion, donde se veian pulular algunos grupos de caprichosas y elegantes máscaras.

Serian las doce y ya los acordes de una brillante música alegraba los corazones de tan selecta reunion, disponiéndose á bailar infinidad de parejas que impacientes aguardaban su compás.

Nuestros dos jóvenes observaban atentamente á todos aquellos revoltosos grupos, como quien busca alguna persona que le interesa. De pronto uno de ellos tropezó con un objeto, que llamándoles la atencion les hizo bajarse y recogerlo, encontrándose con una enorme y descomunal nariz, al parecer de cera, que bellamente pintada, debiera habersele perdido á alguna descuidada máscara.

Uno de nuestros jóvenes, tomando aquellas gigantescas narices, exclama, dándose una fuerte palmada en el cogote, que hizo oscilar á su sombrero.

— ¡Esto es de ella!

— ¡Cá, hombre! no puede ser! contesta el otro observando atentamente aquella baratija.

— Te digo que sí; yo conozco esa protuberancia; yo la he visto en alguna persona conocida.

—Pues yo te digo que estás en un error. Ella no tiene tan mal gusto, y no es capaz de elegir una cosa tan fea para disfrazarse.

—Pero hombre, ¿no ves que son idénticas á las narices del animal de mi futuro suegro?

—¡Ja! ja. ... ja! y por esa razon ha de estar ella aquí?

—Te aseguro que este pico de papagallo pertenece á la familia de los unicornios, y el primero de todos ellos es mi querido papá suegro, que habrá acompañado á su adorada hijita.

—Pero hombre, ¿estás loco ó borracho sin haberlo probado?

—¡No me apeas de mis trece!

—Estas narices son reales; tu papaito es un furibundo descamisado y se hubiera tomado semejante libertad.....

—Sus humos son.....

—De cualquier cosa: pero mira este duro, dijo, sacándose uno del bolsillo; mira ese busto, ¿qué tiene? ¿á quién se parece, zángano?

—Es verdad; á Carlos IV: contestó leyendo nuestro jóven, y ya se iba sin duda á convencer, cuando apareciendo un máscara entre ellos, que llevaba un dominó más negro que las alas de un cuervo, encarándose con nuestros dos jóvenes, les dijo:

—Yo sé la historia de esas narices.

—Sea enhorabuena, mi negro mascarita.

—¿Y serás tan amable que nos la cuentes?

—No hay inconveniente, si me convidais á cenar.

—¡Pues andando! contestaron nuestros dos jóvenes, tomando el brazo de aquel nuevo personaje, y subiendo á los corredores del piso principal, se metieron de rondon en un palco.

Tomaron todos asiento y el negro dominó empezó de la siguiente forma:

“Esas narices pertenecieron á Isabel de Farnesio, y fueron encargadas á Palma por el ministro Alberoni para un baile de trajes que se dió en Balsain, y tienen tanto visto y olido en aquel baile, que la pobre cabeza de Felipe V no debiera estar muy segura en sus hombros á efecto del enorme peso que recibiera. Es decir, que de animal bipedo, se convirtió en cuadrúpedo con cuernos. En aquel dichoso baile se perdió Isabelita con sus narices, apareciendo la primera pero las segundas no.

Despues se hallaron en poder de un coronel de dragones, marqués de Buena Estampa, el que sin duda se las encontró liadas en la funda de su sable. Este noble señor las legó como una reliquia en herencia á sus descendientes, los que sin duda tuvieron poco cuidado con ellas, pasando prestadas á un Oidor de Chancillería, que como objeto curioso las recogió y usaba en sus rondas nocturnas; pues así decia que no podian conocerle. Un dia se descuidó y un ladino y curioso Escribano se las robó, quedando desde entences sin

olfato todos los Oidores, ya que otro percance desgraciado les habia dejado sin oídos. El Escribano se llevó chasco, pues por más que quiso usarlas no pudo; en todo tropezaba con ellas y no podia hacer nada de bueno. Un día, irritado aquel buen señor, las tiró á un basurero para que se llenaran de lo que ustedes pueden figurarse.

—¡Qué barbaridad! exclamó el uno.

—¡Pobres narices! interrumpió el otro riéndose: ¡pero hombre, si no huelen! repuso aquel acercándose á las suyas.

—Eso consiste en que ya hace muchos años que tuvo lugar el suceso y se ha evaporado; pero ya ven ustedes que fué bien desgraciado, pareciéndose á ciertas gentes que nacen para ochavo, y nunca llegan á cuarto, pues desde una reina, vinieron á parar á un sitio tan súcio y asqueroso. Despues fueron sacadas de aquel lugar por casualidad, encontradas en un basurero por un trapero y vendidas en un baratillo como un objeto de arte; compuestas, añadidas y aumentadas, pasaron á poder de su futuro suegro de V., que las compró en aquel establecimiento de caretas y trajes de máscara que hay en la esquina.

—Esta noche trueno con mi novia: no la quiero tan narigona, tan perfumada, ni que use de objetos que han pertenecido á personas de tan alta gerarquía.

—¿Pero hombre, lo sabe ella?

—¡No me importa, lo sé yo y basta!

—¿Pero qué hacemos con ellas? dijo mirando las con lástima. ¡Y son magníficas!

—Tirarlas al comun... .

—¿Otra vez...?

—Sí; pero despues de haberlas hecho pedazos.

Dicho y hecho; así lo ejecutaron: pero al volver al palco, se encontraron con que no habia nadie: el máscara del negro dominó habia desaparecido, mas no sin dejar sobre una silla un papel en que se leia la siguiente fábula de un conocido escritor.

EL LAVATORIO DEL CERDO

En agua de colonia
bañaba á su marrano D.^a Antonia
con empeño ya tal, que daba en terço;
pero á pesar de afan tan obstinado,
no consiguió jamás verle aseado,
y el marrano en cuestion fué siempre puerco.

Es luchar contra el sino
con que vienen al mundo ciertas gentes,
querer hacerlas pulcras y decentes:
el que nace lechon, muere cochino.

EL MUNDO Y SU JUSTICIA

En la bella y poética Andalucía, en la provincia de Huelva, existe un lugar muy ameno, que si ustedes conocen la provincia, se reirán: pero, señores, no hay que asustarse, ni que reirse; era no solo ameno, sino amenísimo; abundando desde las castañas pilongas, cereales y pepinos..... ¡Oh! pepinos en abundancia y de gran calibre; todo era hermoso, bello, abundante, hasta los nísperos del Japon, la calabaza del Indostan y el dulce y espumoso cocotero de América. En su flora, ornaban sus campos el suave azahar, la magnolia, el lirio de Pensilvania, la camelia, la rosa de Alejandria, y por último, hasta el cardo cuco, embalsamaban aquellas hermosas praderas, deslumbrando la vista con sus vivos y hermosos colores.

El colibrí trinaba, el ruiseñor elevaba su canto al cielo y con su canora voz encantaba al cansado viajero; el canario gorjeaba y la lechuza, el buho y el gipedo entonaban su melodiosa voz. El rey de los animales bramaba en verso sáfico, el hipopótamo en esdrújulos, el camello en el más grato purismo y el burro queria imitar el correcto lenguaje del inmortal Cervantes. Todo era armo-

nia y belleza, un completo idilio en que las flores, las plantas y los animales hablaban más buen castellano que algunos de los primeros gramáticos que existen hoy en día.

El hombre, ese rey de la creación, andaba por aquel ameno lugar con su pudorosa compañera agarrados del brazo, y vestidos con el primitivo tapa rabos de frondosas hojas de higuera, vivían en familia, formando distintas tribus y gobernadas patriarcalmente disfrutaban de aquel delicioso país con toda libertad.

Había cuatro puertas por las que se entraba á sitio tan florido, denominadas “Puerta del Honor,” “Puerta de la Virtud,” “Puerta del Trabajo,” y “Puerta de riqueza bien adquirida,”; cuyas cuatro puertas se encontraban guardadas por cuatro enormes mastines de tres cabezas llamados “El Valor,” “La Constancia,” “El Pundonor,” y “La Honradez.”. Todo era tranquilidad y sosiego: no había ambición ni de mando ni de oro. El fuerte era respetado por el débil, no como su opresor, sino como su amparo y protección: no había envidia, no había soberbia, y por lo tanto no se encontraban venganzas ni chismes, pasiones todas de corazones ruines.

Aquella gran extensión de terreno era un Paraíso: mas en los dos confines de él se encontraban dos terribles enemigos que asechaban la ocasión oportuna para su destrucción: estos eran “Los Gigantes del deseo,” y “Los Enanos de la

inmoralidad,, que cual aves de rapiña esperaban la suya en un momento de descuido en los guardianes de las cuatro puertas, para penetrar en aquella mansion deliciosa y tranquila, destruyéndola, apoderándose y comiendo cuantos ganados aquellos habitantes apacentaban tranquilamente. El iracundo Dios de la injusticia se mecía sobre el diáfano cielo de aquella mansion de la felicidad: la traicion baja y rastrera se presentaria en auxilio de los enemigos de aquel país y su destruccion seria completa.

Entre los sirvientes de aquel oasis se encontraba un cíclope, hombre grosero pero con algunos ribetes aristocráticos: de fea catadura y que por sus instintos sanguinarios habia recibido el nombre de "Carnicero,,", pues tal era su valor y ensañamiento que contra personas indefensas quería ejercer. Esto desagradaba al gobierno de aquel país, pero le iban conllevando por los buenos servicios que hacía, mas siempre la traicion se ha ocultado con el manto hipócrita del servilismo.

Así fué: el cíclope malvado se convino con "Los Gigantes del deseo,, y "Los Enanos de la inmoralidad,, y en altas horas de la noche prepararon sus huestes, colocándolas escondidas al rededor, al mismo tiempo que el traidor les echaba morcilla á los cuatro canes, manjar que no era todavia conocido en aquella tierra. Los animales caen en el garlito, comen hasta hartar-

se, reventando despues y quedando abandonadas las puertas de aquella hermosa mansion, penetran sin obstáculo alguno, exparciéndose cual la langosta, destrozándolo todo y destruyendo á la mayor parte de aquellos indefensos habitantes, quedando prisioneros los demás.

“El Carnicero,, entró á partir el botin que recogieran como justa recompensa á su destreza y valor, y entre los objetos que le adjudicaron fué una magnífica punta de borregos más blancos que el arminio, de los cuales pensaba él sacar un buen partido; así pues, un día puso dentro de aquel terreno su carnicería, y empezó á vender carne de borrego. Agarraba á uno, lo hacia cuartos y pasaba á otro, para no hacerlo cuartos sino octavos; otros se le resistian, escabulléndose entre los demás, empezando entonces una lucha sin igual del más fuerte contra el más débil, que no pudo menos, señores, de traerme á la memoria cierta fábula que dice así:

Á un carnero.... ¡pobrecillo!
un carnicero cogió;
pero él se le escabulló,
viendo en su mano el cuchillo.
Gritóle el cortante “¡pillo!,,;
y al oir tal grito dar,
¿qué es eso? dije al pasar.
—“¡Nada! exclamó el Carnicero;
este pícaro carnero

que no se deja matar„.

Ante el vil opresor, ente maldito,
no dejarse oprimir, es un delito.

VII.

UN VIAJE POR EL AIRE.

¿Alguno de mis queridos lectores ha viajado por los aires sin el auxilio del caballo Pegaso, ó del instrumento Mongolfier?

¿Alguno de ustedes ha visto el Sol, la Luna y las estrellas en sus ricas habitaciones, al amor de la lumbre, y leyendo un periódico como otro ciudadano cualquiera?

Ya veo á varios de ustedes que, mirándose unos á otros, se sonrien, y supongo diran para sus adentros, “¡embustero! ya te véo de venir con algun otro cuento tan tonto como los anteriores„.

Pues si señor, tontos serán, pero yo paso el rato.

Mi humilde persona, á imitacion de Ícaro, pero algo más afortunada que él, ha llegado hasta los palacios del Sol, la Luna y las estrellas.

Yo, que he sido aficionadísimo á los viajes de recreo, me determino, si ustedes me dan su permiso, á llevarles á cualquiera de los tres puntos en ferrocarril, en tren de primera y sin molestia de ninguna clase; extra los descarrilamientos,

roturas de puentes, hundimientos de túneles, levantamiento de rails ó traviesas, y otras mil zarandajas, que como elementos de distraccion, suelen encontrarse en el camino. Por lo demás, no hallarán ustedes ningun tropiezo ni trabajo, y mucho más si vamos bien acompañados de una hermosa niña de quince á veinte abriles, que nos distraiga con su chispeante y amena conversacion.

Pues bien, ahora que está en moda y á ustedes les es indiferente, haremos con otro amigo nuestra expedicion á la parte más cercana á nuestro planeta, es decir, á la Luna, y sin auxilio de Julio Verne, ni de los alemanes el Dr. Blendmalnn, ni Malte-Brun, M. Virey, etc., etc. pillemos el burro de cualquier amigo, y fabricando dos fuertes clavijas, se le introducen una en el pescuezo y otra en el rabo, y á imitacion de los cuentos de "Las mil y una noches,, sin tener que pedirle permiso al gran señor de Alí Baba, apretaremos aquellos dos elementos de locomocion y partiendo con la velocidad del rayo por esos mundos etéreos, tomando el camino de la "Vía Láctea,, sin llegar, por supuesto, á ninguna venta, ventorrillo ó ventorrazo que nos entretenga, y tal vez nos ponga la lengua más expedita, lo cual sería una desgracia.

Pues señor, como íbamos diciendo, ya tenemos el pollino, las clavijas y el pucherete para volar, con el cual bañamos nuestro vehículo, el que intrépidamente conducimos á la azotea, y montán-

donos en él y sujetando su bravura, nos lanzamos en los elementos de una manera pausada, y que al principio parecia suave, pero que despues causaba vértigos, faltando poco para que cayéramos en el abismo.

Llegamos dando mil revoloteos, trazando mil círculos concéntricos, á un sitio muy nebuloso, que nos pareció ser el principio de "La Osa Menor," y á cuya puerta se encontraba un sujeto que á guisa de portero, portazgo ó barcaje, pedia el pasaporte y una pieza de perro grande, á todo pasajero, por seguir aquel endiablado camino.

Señores, me quedé turulato, horripilado y patituerto y estebado, diciendo para mis adentros: "¡tambien en el espacio se pagan contribuciones! ¡Válgame Dios qué desgracia! ¡Tendrán muchos empleados que mantener!

Seguimos adelante, y pasando aquella nebulosidad, entramos en un camino tan sumamente ancho y largo, que se perdia de vista, llegando á "La Osa Mayor," donde tuvimos la misma operacion que en la "Menor," con más, nos registraron hasta el pellejo por si llevábamos género de contrabando, y hasta una colilla de tabaco que llevaba detrás de la oreja me la quitaron, y metiéndonos en un cuarto, nos sahumaron con el peor sahumero que pudieran darnos; con espliego, alhuzema, romero ó tomillo, pues de todo tenía menos de bueno, y despues de aquella extraña fumigacion, seguimos nuestro camino, llegando

sin novedad alguna á las puertas de nuestro tan deseado astro.

¡Ah, señores, qué magnificencia! Nos encontramos á primera vista con una inmensa rueda achatada, de color moreno oscuro, porque no es luminosa, y aunque permanecía quieta, se encontraba tirada por doce caballos de frente en lugar de cuatro, sin duda en razon del aumento del espacio que está condenada á recorrer en lo venidero.

Saliónos á recibir un perro enormísimo, gigantesco, que meneando la cola y dando furibundos saltos, se nos puso delante y agarrando del cabeza á nuestro pobre y asombrado jumento, nos introdujo en un hermoso y espacioso patio en el que pululaban infinidad de criados y palafreneros, ugieres de varias clases, todos ellos vestidos de gran uniforme, en movimiento continuo; pero sin hablar una palabra; parecían sombras.

Mi compañero y yo estábamos completamente asombrados, pero con el asombro del miedo.

Aquel hermoso animal que nos acompañaba, soltando el ronzal de nuestro jumento, ladró de una manera horrorosa, y en el mismo instante se apareció un gigante espantoso, que recogiendo nuestra locomotora, se perdió introduciéndose en las habitaciones interiores: luego, saludándonos con un manotazo al aire, apretó á correr no sin que le viéramos sobre el lomo un letrero que decía: "soy el amor propio y el deseo...". Nosotros

estábamos petrificados, como gallinas en corral ajeno: todos aquellos fantasmas nos miraban con unos ojos encandilados y sangrientos: podemos asegurar á ustedes que de asombro veíamos los objetos dobles, ó no veíamos á nadie.

Aunque con una gran dosis de miedo, nos determinamos á movernos, y á los pocos pasos vimos una magnífica escalera, que por el instinto de la curiosidad tomamos, creyendo desde luego que aquella seria la entrada principal; pero cual no fué nuestro asombro, cuando vimos bajar en direccion á nosotros á un caballero formal, de noble aspecto, como de treinta á treinta y cinco años, rubio oscuro, chispeantes ojos y todo en él denotaba talento y valor. Al vernos, se queda parado y con voz estentórea nos dice:

—¡Desgraciados! ¿dónde van ustedes?; sin duda deben estar locos cuando se determinan á hoyar con su inexperta planta la mansion de Castodiva.

—¡Calle! pues este señor habla; dije para mis adentros.

—Somos forasteros y no conocemos á esa señora, contestó mi compañero.

—Ya lo veo que son ustedes forasteros, y de los más tiernos.

—¡Zambomba! ¿si estaremos entre antropófagos? contesté pegando un salto atrás.

—No señor, no somos antropófagos, pero somos espiritistas.

—Entonces debe usted ser muy civilizado y

nos enseñará este astro, ya que nos hemos aventurado á subir á él: ¡es tan hermoso!

—¡Ah! sí, señores! muy hermoso; pero han cometido ustedes una grave imprudencia, pues sin duda no deben saber que para entrar en su mansión, es necesario sujetarse á una terrible y cruel operacion.

—¿Qué dice usted, caballero? exclamamos poniéndonos más blancos que la pared.

—¡Una cruel operacion! ¿pero qué operacion es esa? repuse temblando.

—Es una operacion sencilla, con solo hacer..... zis, zas, está terminada.

—¿Conque.....? ¡zis..... zas.....! ¡pues señor, estamos bien!

—Pero señor mio, si no estamos en Constantinopla ó vivimos en el Africa, eso es inícuo.

—¡Eso es una barbaridad!

—¡Eso es atroz!

—¡Eso es violar el derecho de gentes! ¡Ay San Antonio de mi vida! ¡cuándo me habrá dado la maldita idea de este viaje!

—Dispense usted, caballero; pero yo le suplico se me devuelva mi pollino para seguir nuestro viaje; repetí todo compungido.

—Eso no puede ser, y no hay más remedio que el sujetarse..... y sobre todo, mucho silencio, por que si no lo van ustedes á pasar peor. ¿No ven ustedes que nadie habla?

—¿Y entónces, por qué habla usted?

—Porque yo tengo licencia del dueño de estos sitios:

—¡Pero es que..... eso que ustedes quieren hacer es.....!

—No hombre, no: no hay que alarmarse; solo es una simple operacion y nada de lo que ustedes se figuran. Yo soy el encargado por mi gobierno de sacar á todo forastero "el asno del cuerpo,,.

—¡Caballero! repuse amostazado: yo no tengo ningun asno dentro de mi cuerpo.

—Todos le tienen menos los que habitan este astro.

—¡Señor mio! repuso mi compañero, ¡yo no tengo dentro de mi cuerpo ningun animal!

—¡Usted nos insulta ó se divierte con nosotros!

—Nada de eso, señores, es una órden superior y para que se convenzan lo tocarán, como dice Santo Tomás.

—¿Pero diga usted, caballero, en esta tierra no se encontrará un asno por todo el oro del mundo?

—No señor, solo hay camellos y dromedarios, y basta, señores, que tengo que hacer.

Y diciendo y haciendo, tocó un pito ó silbato muy agudo, á cuyo sonido nos encontramos rodeados por agigantados cíclopes de levita, que tomándonos en volandas, nos subieron la escalera, introduciéndonos en un salon magníficamente decorado, é iluminado por multitud de hachas de cera y brillantes luces de bengala, encontrándose tambien todo lo más notable en instru-

mentos de la Física, Química é Historia Natural, encerrados en brillantes armarios de riquísima madera.

Nos hicieron sentar en dos corpulentas butacas y en frente de una enorme mesa llena de potinques y baratijas, nos colocaron en disposición de recibir los efectos de una, al parecer, máquina eléctrica, que empezando á funcionar en el momento, empezamos nosotros á brincar de gusto.

Yo veia á mi compañero bailar el zapateado á todo vapor, y mi pobre humanidad un cotillon á toda máquina: ya no podíamos más, nuestros nervios iban á estallar..... cuando de pronto cesó aquel martirio, y dándonos una bebida particular, nos quedamos en dulce sopor.

Sentimos entonces una cosa particular. De nuestro pecho pareció subir á la garganta una cosa como un sentido, saliendo de nuestra boca un inmundo y asqueroso dragon que se evaporó sin saber cómo. Toda la habitacion recibió más luz; todo era brillante y hermoso: mas de pronto suena un trueno espantoso y nos quedamos á oscuras, sintiéndonos arrebatados como en una tromba ó ciclón, al mismo tiempo que oimos una voz gruesa, pavorosa, que se expresaba en estos términos: "No es el asno el que se os ha representado; son vuestras pasiones y deseos immoderados. La soberbia del ignorante; la envidia del que no puede hacer lo que otro hace; la avaricia del que todo lo quiere; la ira del que se encuentra

impotente en hacer daño: la destemplanza de un gloton y otra série de frioleras que os adornan. Esta vez escapais con la vida porque soy generoso; pero á otra tentativa, vuestra curiosidad y deseos inmoderados os costarán bien caros.,.

Cesa la voz y continúa aquel torbellino en que nos encontrábamos arrebatados, y sin saber cómo, nos hallamos montados en nuestro pollino, el que con nosotros empezó á dar tumbos en aquella inmensa oscuridad; en aquel caos horroso, amenizado de tremendos y espantosos truenos como de furibundos relámpagos.

Mas de pronto siento un tremendo golpe en la cabeza, y una cosa en la garganta que me ahoga, me sofoca: extendo los brazos, y sintiendo el vacío á mis piés, y que no habia mas remedio que morir, empiezo á bracear y me agarro de..... ¿de qué creerán ustedes, señores? pues del rabo del perro de mi querido amigo D. Ramon Carnero, el que tiene la costumbre de venir todos los dias á saludarme en la cama. Lo que tenia en el cuello era la..... la gatita que, huyendo del perro, se refugió en mi humilde persona; y el golpe que habia sentido, era un sendo coscorron que, al empuje de ambos animalitos, me habia dado contra uno de los hierros del catre. Señores, todo habia sido un sueño; todo una ilusion..... menos lo del coscorron que todavia me escuece.

VIII.

EL CAMALEON.

No crean ustedes que les voy á explicar un curso de Historia Natural, ni meterme en ese berengenal de tipos, clases, géneros, familias, etc., etc., que tantó marean al estudiante, no: solo voy á trazar á grandes rasgos, á brochazos, por decirlo así, no al *saurios* de cuerpo largo y delgado, cubierto de escamas pequeñas, con dientes, párpados y esternon, y generalmente con cuatro extremidades, no; mi retrato es un camaleon que pertenece á la raza humana, con inteligencia, juicio, raciocinio, etc., etc. y cuyos mordiscos son peores que los de cualquier reptil. Este ser se encuentra á las mejores de cambio y conocido es por lo comun de su especie. Nos da la mano, nos saluda, y su fisonomía es de tal género, que ni Cuví con toda su frenología sabría describirla y dar á conocer sus distintos colores y sentimientos verdaderos. Toma las distintas fâces del arco iris, el movimiento de la ardilla y la falsedad de la zorra, y en su afan de querer ser, salta por todo lo divino y humano con tal de conseguir su objeto.

Cayetano Carrasco Caracoles, nació en la villa de.... no sé donde; hijo de una familia pobre, tenía comunmente la necesidad por gala: si co-

mia no cenaba, y si cenaba no almorzaba: era una pura necesidad.

Cuando niño era muy diestro y enredador con sus demás compañeros, pues siempre salia con bien en sus diabluras, y hacia que la culpa de sus pecados la recibiera otro; y en la escuela pintaba las paredes con tinta, rompía los portaplumas y engañaba al maestro en sus lecciones: todo, segun decian sus padres, por la viveza de su carácter. Se quedó huérfano, y tiró de él el Sr. Cura: dedicáronle á la Iglesia: continuó creciendo, y para colmo de su educacion, á los siete ú ocho años le metieron de acólito en aquella iglesia, donde aprendió á cantar por lo llano y chillar por lo alto, dándole una gran importancia entre las beatas, la sotana nueva y sobrepelliz reluciente que le habia regalado el Sr. Cura, de quien era su ojito derecho, aunque le echara sus buenas reprimendas, ya porque espabilaba continuamente los cirios de S. Pascual, ó ya porque se bebía el vino de las vinajeras: sin embargo, con cariño y con paciencia, entre aquel buen señor y su teniente, le enseñaron á leer, escribir y contar, rumiando despues el latin tan sumamente bien, que les hubiera dado envidia á los mismos hijos del Lácio.

De esta manera creció, jugando á la pelota en la cancela de la Iglesia, apedreando perros, haciendo rabiar al Sr. Cura y renegar á su bendita ama de gobierno. Mas llegó la época de las pa-

siones y estas se desarrollaron de una manera violenta, tanto más, cuanto tenía que ocultarlas bajo el manto hipócrita de la mansedumbre, pues si llegaba á los oídos de su protector, era castigado severamente: mas no habia diablura de mozuelos en que no fuera el primerito él, ni requiebro á mozuela que no fuese el suyo, todo endilgado por lo bajito y á son de kiries: pero un dia, ¡dia glorioso!, vino á la aldea una compañía de cómicos de la legua, y tirando los manteos, sobrepelliz y demás embelecocos, de la noche á la mañana se marchó con ellos, convirtiéndose en comediante, no sin antes haberle recogido algunos cuartejos de ahorro á la gruñona vieja que tenía el Cura. Este buen señor se apesadumbró, lloró y gimoteó algun tiempo; pero no pudo menos de exclamar: “¡quien da pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro!.”

Aquí fué cuando empezó su brillante carrera: viajó mucho y representó muchos papeles, desde el de verdugo hasta el de rey y emperador, recorrió en su representacion toda la escala social: mas este era poco campo para sus ambiciones; deseaba más, mucho más, y como entonces se declarase una guerra con otra nacion, sentó plaza de soldado en uno de aquellos regimientos, soltando á Clío, Talía y Terpsícore y agarrando á Marte, Castor y Polus, convirtiéndose en un cuco militar. Como sabia algo, pronto ascendió, teniendo la suerte de volver á su país de alferez, y

con muy buenas relaciones, pues siempre se pegaba al sol que más calienta, adulando mucho á los jefes y siendo su secretario y correvedile, por lo cual se contaba con él para asonadas y conspiraciones, etc., etc.: de esta forma llegó á capitán, y empezando un nuevo giro, se hizo demócrata; habló en la tribuna, convirtiéndose en furibundo orador de las masas, y armando mucho ruido, llegó á lo que quiso, comandante, coronel y general. Arrojó del trono á una dinastía, que tal vez antes le diera el pan y sacara de la nada, formando uno de los muchos castigos que tienen arruinada aquella nación. Fué conspirador y desterró á los conspiradores; fué demócrata y republicano y fusiló á los demócratas y republicanos, haciéndose moderado y uniéndose más tarde al partido neocatólico más recalcitrante.

Cansado de una vida tan azarosa, se hizo diplomático, y en esta posición era de ver cómo jugaba con las naciones, enredando á unos y á otros, sacando el mejor beneficio suyo, y con tal que mediaran algunos millonajes, el negocio se hacia y se le daba al mejor postor. Sonríe á unos, halaga á otros, y en la hipocresía ducho, todo lo aparece hacer por el mayor bien y con la mayor moralidad en beneficio de todos menos el suyo, que es principalmente en quien redundará. Él, sin saber una palabra de leyes, más que las del embudo, presenta códigos, hace tratados de comercio, de navegación, de instrucción pública; concede

cruces, sentencia pleitos, y teniendo por base aquella máxima de “á rio revuelto ganancia de pescadores,, en todo pesca menos la virtud, formando nuestro tipo “un tipo..... de brocha gorda,, recordándonos aquella décima.

Es pérfido, displicente,
á cualquiera lisonjea;
solo en enredar se emplea;
nunca dice lo que siente;
sin reparo alguno, miente;
muda formas cada instante;
lo que te alaba delante,
te lo murmura detrás:
con esto conocerás
lo que es un hombre intrigante.

—¡Toma, toma! dirán mis queridos lectores:
¡ese tipo es muy comun!

—¿Pero es por eso menos cierto?

EL TONTÁINA.

SENORES: ¿Han visto ustedes por casualidad algún médico, boticario, veterinario, albéitar ó matasanos, que sin responsabilidad me pueda mandar á verle las barbas al Padre Eterno? De esta forma me expresaba yo, hace algunos años, entrando en el café del Pasaje y acercándome á una mesa donde habia visto á varios amigos.

—¿Qué tienes? me pregunta uno.

—¿Qué te pasa? me pregunta otro.

—¡Mozo! ¡un refresco! exclama un tercero más caritativo.

—¡Yo bufo! grito; ¡esto es insufrible! ¿Y no hay quién me pegue un tiro?

—Tranquilízate y cuéntanos lo que te sucede: me interrumpe otro más caritativo y cachazudo, alargándome un brillante vaso de rico y confortable ponche que me bebí de un trago, tomando asiento á su lado y rodeándome todos con la mayor curiosidad, empecé de la manera siguiente:

—Han de saber ustedes que me ha salido un grano en la nariz, y no me lo puedo quitar de ninguna manera.

—¡Hombre, pues nosotros no te vemos nada añadió otro mirándome atentamente.

—Pues ese grano maldito es undichoso paisano y amigo que no hace muchos dias me quiso envenenar, y hoy quiere, sin duda, asesinarme.

—¡Hombre, eso es grave! ¡Cuenta, cuenta! ¿Cómo ha sido el suceso?

—Como digo, señores, es un amigo ¡pero qué amigo!: el pobre tiene más de béstia que de persona racional. Hace poco que mi hombre ha heredado un bonito capital, y al maldito le ha dado por convidar á comer á todo el mundo. Ayer marchaba yo muy distraido por el Zacatin arriba, cuando siento un tremendo palmetazo en mi hombro izquierdo que me deja desrengado; voy á volverme, incómodo, y me sujetan, echándome por detrás las manos á los ojos, gritándome con voz alegre:—¿quién soy yo?—Un animal, iba á responder; pero me contuve cambiando de tono: ¡Juan! ¿tú por aquí?—Al ver que le habia conocido, quita las manos de mis ojos, se ríe á boca llena, me abraza y alborota la calle.—¡Me chafaste! tunante, ¿en qué me has conocido?—¿Quién habia de tener esos puños sino tú? le contesté echándome mano á la parte dolorida.—Pues hombre, ya que he tenido el gusto de encontrarte, me repite enlazando su brazo con el mio, mañana te convidó á comer.—Muchas gracias, querido.—¡Bravo! no hay gracias que valgan.—Hombre, estoy muy ocupado.....—En pasearte. Nada, no hay excusa. Te pillé.—No, hombre, no me es posible; repito otra vez, más muerto que

vivo, considerando lo que me iba á suceder.—¿No quieres, eh? ¡pues véte á paseo! ¡Como yo no soy diputado, ni gobernador, ni.....!—No, hombre, no es eso: es.....—Pues mira, si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos: yo soy español, y en mi casa se come á la española: mañana es mi santo y habrá tambien varios convidados: se tocará, cantará y bailará, y habrá de todo un poquito. Conque te espero, ¿no es cierto?—Si, hombre, si.—Como faltes, reñimos.—No faltaré, le respondí á media voz.—Pues hasta mañana, me dijo, dándome un abrazo, y marchándose tan contento, fuese tarareando una copla del fandango.

Como vosotros habreis comprendido, mi amiguito no tiene nada de lo de Salomon, ni pertenece mucho menos á gente de buen tono y buena educacion; es simplemente un buen hombre.—Fuime al otro dia una hora más tarde de la que habia dicho á casa de mi anfitrión, muy puesto de tiros largos y con mis trapitos de cristianar.—Llamo á la puerta y me sale á recibir una bendita criada que con las manos llenas de pringue, me agarra del brazo y me dice:—Pase V. señorito, V. era el último que faltaba.—Doy un brinco atrás, al sentirme agarrado por las manos de aquella osada maritornes, y sacando mi blanco y limpio pañuelo, empiezo á limpiarme, mirando al cielo y diciendo para mis adentros “primera bestialidad.”—Entro en la sala, donde se encontra-

ban los demás convidados, y despues de mil variados cumplimientos y más cansadas conversaciones, dieron las cuatro y pasamos al comedor en donde se cometió el gran sacrificio de la opípara comida. Nos fuimos colocando al rededor de la mesa, y mi pobre humanidad se encontró intermediario, entre un niño de seis á siete años, empinado sobre unos cuantos almohadones, y que como no se estaba quieto, necesitaba uno enderezar á cada instante, y un buen señor tan sumamente obeso que ocupaba tres sillas. Nos sentamos; se desdoblaron las servilletas muy pausadamente, y nuestro amigo exclamó sentándose el último.

—Ustedes harán penitencia.

—Los preparativos no son de eso; repuso aquel buen señor tan sumamente grueso, engulléndose con toda limpieza un enorme pepinillo.

—¡Si fuéramos frailes pudiera ser! repuso un tercero: mas yo que me temia algo bueno, esperaba con calma diera principio.

—La mesa de usted es siempre opípara, añade otro frotándose las manos; y yo continué en expectativa aguardando alguna série de torpezas y barbaridades que no se hicieron mucho de esperar.—Despues de los mil cumplimientos al repartirse los platos, como:— Sírvase usted.—Hágame usted el obsequio.—No, señor, usted primero.—De ninguna manera.—No lo admito.—Sirva usted á la señora.—Está muy bien ahí.—

Perdone usted.—Gracias.—Sin etiqueta, señora, exclamaba mi buen hombre, arrojando más bien que echando con el cucharón de sopa en un plato.

—Después vino el cocido y la carne; la verdura y los garbanzos se cruzaban sin parar, siguiendo la gallina el chorizo y el jamón. Entra luego un plato de ternera, que Dios confunda, presentándose el siguiente ó parecido diálogo:

—Este plato de pichones, decía la señora de la casa, hay que disimular que estén un poco quemados.

—¡Pero mujer.....!

—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde.

—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado?

—¡Oh, está excelente! exclamamos todos, dejándolo en el plato; ¡excelente!

—Este pescado está pasado.

—Pues la pescadera le dijo al criado que era fresco; ¡pero como es tan bruto.....!

—¿De dónde se ha traído este vino?

—En esto no tienes razón, porque es.....

—¡De los infiernos! contestó nuestro amigo amostazado y dirigiendo una terrible mirada á su mujer; ésta, ya aturdida, no sabía qué hacer y todo lo equivocaba, turbándose más no solo por aquel horrible relámpago lanzado de sus ojos,

sino por los continuos pellizcos y pisotones que, por bajo de la mesa, le propinaba mi amigo, para advertirle sus torpezas, y que ya colocaron á la pobre señora en la dura necesidad de soltar el trapo á llorar.

—Señora, no se incomode V. por eso, exclamó el que á su lado tenía.

—¡Ah! les aseguro á ustedes que no saben lo que es esto: otra vez, Silvestre, iremos á la fonda y no tendrás....

—Usted, señora mia, hará lo que. ...

—¡Silvestre y Silvestre.....!

—¡Petra y más que Petra.....!

Una tormenta iba á estallar en la mesa, pero pudimos evitarla. Señores, no hay cosa más ridícula ni más cargante que esas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales, que para obsequiarle á uno, le hacen comer ó beber de lo que no quiere, envenenándole con su maldita cocina. Pues no fué esto lo peor: el niño que tenía á mi izquierda le dió por tirar las aceitunas á un plato de jamon con tomate, saltándome una de ellas á un ojo, dejándome tuerto para todo el dia: el señor ballenato que tenía á mi derecha, habia tomado la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, todos los huesos de las aves que habia roído, manchándome las mangas del levita. El convidado de enfrente se empeña en destroz ar un ave con su trinchante y

cuchillo, no le encuentra bien las articulaciones, y tomando vuelo, la planta en medio de la mesa, nos salpica á todos con su brillante salsa. El ave prófuga, al tomar vuelo, tropieza con una botella de vino y el rico Valdepeñas sale en un caño, llenando al capon y al mantel. Todo el mundo se alborota y arroja sal á puñados para salvar los trapos de la mesa, mientras la maldita criada, quitando el capon, le da una pequeña inclinacion, y..... ¡María Santísima! toda aquella salsa cae sobre mí, poniéndome perdido. La criada se aturde, y al volver, tropieza con un criado que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el mayor estrépito y confusion. Yo me horripilo, me asusto, y sin atender á voces ni gritos, tomo el sombrero, y mugriento, lleno de manchas, estropeado, me planto en la calle y á buen paso entro en mi casa, teniendo que mudarme de piés á cabeza. Despues de este lance, me lo encuentro hace poco, y despues de pedirme mil perdones, me machaca y remachaca para que hoy vuelva á su casa á almorzar, y no sé cómo me he podido desprender de él.

—Pues chico, la broma es pesada; me dice uno.

—¡Te tocó la lotería!; responde otro.

—No hay más sino que tienes que liar el pe-tate y marcharte de Granada; añade otro.

—No; dice el más cachazudo: nada de eso. El

remedio es no hacerle caso, y siempre que lo veas y te moleste con su eterna manía, le endilgas, "mira, tontáina, déjame en paz, si no quieres que te diga aquello de,,; aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

X.

LA VENTA DEL TROPEZON.

EN uno de mis muchos y continuos viajes, llegamos á una destartalada venta varios amigos que tuvimos la feliz idea de echar una cana al aire, y pasar unos cuantos dias de cacería, por lo que íbamos preparados de todo lo que en tales casos se requiere. Perros, huron, perdices, etc., y sobre todo mucha abundancia de comestibles, con su correspondiente y proporcionado vino y aguardiente, para por las mañanas calentarse el estómago.

Dicha venta se encontraba habitada por el ventero, hombre ya de alguna edad, una hermosa niña, hija suya, una moza, el gañán de las mulas y el mozo de cuadra, paja y cebada, etc., etc., cuya familia vivía en amable compañía de algunos pares de labor, vacas, ovejas, cerdos, gallinas y dos enormes perros que daba miedo de verlos.

Como llegamos cansados, pedimos nuestro cuarto, metimos todos nuestros trebejos, y man-

damos hacer las camas; pero nos encontramos que cuarto no habia más que uno, y camas dos. Gente jóven, llevábamos la alegría por delante, pues el único que habia con más formalidad era mi tío, que contaba á lo sumo cuarenta años; y el más jóven mi primo Eduardo, que apenas si tenia quince; así es, que al ver nuestro cuarto y nuestras camas, no pudimos menos de soltar la carcajada. El primero era un desvan que estaba encima de una cuadra, donde habia ganado, y las otras, dos jergones rellenos de cualquier cosa menos de lana, con sus sábanas y almohadones nada limpios, y como no habia mas camas en la venta, todos los demás compañeros se acomodaron en el pajar, apoderándonos como por vía de conquista de nuestro cuarto.

Cenamos alegremente y despues nos quedamos hablando, sobre lo que teniamos que hacer por la mañana, y la distribucion que le habiamos de dar á la cacería, cuya conversacion la tuvimos al lado de una buena lumbre y fumándonos el último cigarro, y llegada la hora de acostarnos, nos dividimos en dos secciones; tomamos nuestro candil, pasando mi primo Eduardo con los demás al pajar, y nosotros á nuestro cuarto, jaula ó gallinero, donde empezamos á desnudarnos, comenzando lo gracioso del lance con el siguiente diálogo:

— ¡Ay qué cama! exclamé metiéndome en ella:
¡Jesús qué dura está!

—¡Pues puedes quejarte, cuando los demás se acuestan en el pajar! contestó mi tío.

—Apostaría á que estos colchones están llenos de huesos de melocotones.

—¿Qué esperabas?: ¿algún colchon de plumas? Bastante hacen con darnos lo mejor que tienen.

—¡Pues podían habernos dado algo peor!, exclamé; no puedo dormir; repuse revolviéndome entre las sábanas.

—¡Me das lástima de tu delicadeza! No pienses en eso y duerme.

—¿Pero si usted tampoco duerme?

—Lo mismo me da: procura que te suceda lo propio. Vaya, buenas noches, y me volvió la espalda.

Efectivamente, las camas eran durísimas y estaban colocadas encima del aprisco; el piso era de tablas y lleno de agujeros por donde se podían ver los corderillos que continuamente balaban, al paso que mamaban de sus madres, á las cuales no habían visto en todo el día; y una multitud de insectos sumamente activos, saltaban del aprisco á las vigas del techo, y desde éstas á nuestras camas, cebándose en nosotros. Mi tío no resollaba, pero yo bufaba: ¡maldita cacería!

Pasó un gran rato, y viendo que no podía dormir, en voz baja pregunto á mi tío.

—¡Tío, tío!, ¿está usted durmiendo?

—¿Quién diablos quieres que duerma aquí?

—Pues si no duerme usted, hablemos.

—Yo no tengo ganas de hablar. ¡Ay, ay, ay! grita de pronto.

—¿Qué tiene usted?, dije asustado.

—¡Qué he de tener!, quinientos alfileres que me acribillan el cuerpo. ¿Qué animalitos serán éstos que arranco por docenas de encima de mi pecho?

—Serán los mismos que yo espanchurro á puñetazos en mi estómago, brazos y piernas.

—Lo peor es que estamos á oscuras.

—¡Malditos bichos! exclamé estrujando una docena.

—Yo me voy á meter en cueros vivos en el pilar de la fuente que vimos á la entrada.

—Eso sí que no lo consentiré yo: dije incorporándome.

—¿Y á ti que te importa?

—¿Había yo de consentir que usted cogiese una parálisis ó una pulmonía?; además, que si usted se marchaba me atacarían á mí solo.

—¡Uf! ¡yo estoy sufriendo un martirio! ¡Eres un egoísta!

—Calle usted, eso es poco para lo que sufrieron San Lázaro y San Sebastian; contesté riéndome.

—Déjate de santos ni de diablos: ¿pero qué hacemos?, repuso exasperado.

—Sufrir y tener paciencia; nosotros lo hemos querido.

—¡Sufrir!; pues no tengo ninguna necesidad de quedarme aquí, me voy.

Al pronunciar estas palabras, se levanta, se arroja sobre mí y me envuelve en la colcha y sábanas, arrojándose los almohadones y vestidos de los dos, abre la puerta y acierta á tomar la escalera. Yo me desembarazo lo más pronto que puedo de toda aquella ropa, y echo á correr detrás de mi tío: todo esto completamente á oscuras.

—¡Pero tío, que se va usted á resfriar!, le digo á media voz, por no despertar á los demás; pero.... ¡cá....! no hacía caso, seguía corriendo; él solo quería librarse de sus enemigos. Bajamos la escalera, salimos al patio y despues al corral, y mi tío corriendo y yo detrás: de pronto le veo tropezar, tambalearse y desaparecer; fuerzo más el paso, y.... ¡María Santísima! tropiezo tambien, y.... ¡paf! me encuentro dentro de una alberca llena de agua y barro muy pestilente, atascado hasta la cintura, con mi señor tío que se encontraba en la misma posicion. ¡Figúrense ustedes qué facha haríamos!

—¡Ya estamos ahogados! grito al golpe y sentir el agua fria.

—Calla, cobarde y no alborotes: ¿hablarías si estuvieras ahogado?

—Si no lo estamos, no tardaremos en estarlo.

—Otra cosa me apura á mí más.

—Pues yo no creo que haya nada que deba apurarnos tanto como esto.

—Y si los demás nos viesan, ¿no sería peor?

—Con eso nos sacarían, pues nosotros no podemos salir.

—¡Qué bonitos estaremos! ¡Cómo se reirán de nosotros! ¡Mi dignidad está comprometida! exclamaba mi tío en tono melodramático.

—Pero ¿qué necesidad tenía V. de levantarse?

—Y tú, ¿qué necesidad tenías de seguirme?

—Vamos, no empleemos el tiempo en lamentaciones, y tratemos de salir de aquí; contesté tiritando de frío.

—Pues bien, ayúdame un poco.

—¿Qué diablos le he de poder ayudar á usted si estoy como pegado con pez?

—Será, sin duda, tierra de arcilla.

—Será de todo lo que usted quiera; pero es menester que salgamos de aquí.

—Hicimos los mayores esfuerzos para conseguirlo; pero al contrario, en más fango nos metíamos: dimos gritos, alborotamos la venta, y por fin la moza, que estaba haciendo manteca para venderla en el mercado al día siguiente, nos oyó, y salió al patio alumbrándose con un candil. Al ruido confuso de voces y el chapeteo que armábamos en la balsa, acude, nos mira, y..... suelta la carcajada, que nos hizo poner una cara de mil diablos. Mi tío empieza á echar votos y juramentos, y la criada no le contestaba otra cosa que “perdone usted, señor, ¡pero está usted tan ridículo!”, por fin se levantan todos, y despues de mil esfuerzos, nos sacaron de aquel charque-

tal, pero aquí fué Troya. Salimos..... como ustedes pueden figurarse, y la chacota y la risa no fué menuda.

—Ríanse ustedes, señores, decía mi tío rabiando; pero sepan ustedes que si me encuentro cubierto de lodo y echando este mal holor, es por causa del loco de mi sobrino que le quería impedir tomase un baño, y le hemos tomado los dos.

—¡Pero tío, si ha sido al revés!; le contesté.

—¡Calle usted, so desobediente! Mira á ver si tengo algun bichango, repuso variando de tono.

—Se fueron.

—¡Gracias á Dios que se fué el enemigo!

Nos hicieron pasar á la cocina, donde encendieron una buena lumbre, colocando en ella una tremenda caldera de agua, y cuando estuvo bien caliente, nos metieron en una artesa en cueros vivos á guisa de pollo ó de marrano, lavándonos con la esponja de los caballos. Hecho esto, nos secaron, y como no teníamos ropa, nos vestimos de prestado con la del ventero, pues la nuestra, en la refriega, se habia caído al establo, y se encontraba llena de..... aquello que ustedes pueden figurarse: los mandamos limpiar, y como en toda esta batalla ya clareaba el dia, nos preparamos y determinamos el salir al campo, y yo hice la firme promesa de que cuando volviera de aquella expedicion á mi casa, no volveria á salir de ella, y sobre todo con semejante objeto. Quiero cazar perdices, pero en el plato.

UN MICO.

“Veis esa repugnante criatura, chato, pelon, sin dientes, estebado, pues lo mejor que tiene es la figura..”

ESTE, señores, no es el que ustedes se figuran: no es el descrito por Bufon, Cuvier, Ligneo y otros eminentes naturalistas como pertenecientes á los cuadrúmanos con cinco muelas en cada lado de ambas mandíbulas, tabique nasal estrecho, bolsas bucales y callosidades en las nalgas, brazos que llegan más abajo de la rodilla, cubiertos de una piel de color rojo, con pelos, y que posee cuatro manos, presentándose el primero despues del hombre en la escala humana, no. Este animal no es originario de los bosques del África, América ó la India; es cosmopolita y se encuentra en todas partes, en la calle y en la casa, en el campo y en los salones, y sobre todo en estos abundan de una manera prodigiosa. Ser civilizado, posee el habla, y aunque de una forma imperfecta, algunas facultades intelectuales desarrolladas microscópicamente al alcance de sus narices, si no

son muy largas. De todos estos animalitos raros, entre los varios que he conocido, os describiré uno de ellos.

Érase una tarde de verano, de esas hermosas tardes que le hacen al más perezoso abandonar el lecho y la casa, para salir á dar un paseo y disfrutar el fresco que empieza á desarrollarse por toda la atmósfera, enrarecida por las horas del calor. Las calles se encontraban regadas y un fragante y balsámico olor de rosas, jazmines y cliotropos saturaban los paseos, y aspirando con delicia aquella perfumería natural, me dirigia pausadamente por uno de los paseos que hay para subir á la Alhambra, cuando distingo á lo léjos un grupo de jóvenes, que el que más podría contar de quince á diez y siete años, que alegres y contentos tarareaban el aria del Rigoletto, llevando la misma direccion que yo: jugaban unos, travesaban sus bastones otros, al mismo tiempo que su canto era interrumpido por una sonora carcajada, que como rechifla, iba dirigida al que se desafinaba ó no entraba á tiempo, perdiendo el compás. Yo seguia mi paseo sin hacer caso de aquel grupo de polluelos, emparejándome con ellos y no parando atencion en su bullidora algazara; cuando de pronto me siento un golpecito en la espalda y me encuentro con el sobrino del cura de mi pueblo.

— ¡Miguelito!, ¿qué haces tú por aquí?

— ¡Hola! mi querido Sr. D. Toribio, contestó

un niño alargándome la mano: tomando el fresco: ¿y usted, mi querido maestro?

—El mismo objeto me lleva.

—¡Usted siempre filosofando!: repitió sonriéndose.

—No: estudio en la naturaleza y en las costumbres. ¿Y tú jugando?

—¡Cá, no señor! Voy, como usted, estudiando y siendo un hombre.

—¿Sí? pues yo no te veo entretenido más que en jugar y.....

—Yo soy un sabio y..... voy volando tras la inmortalidad.....

—Del cangrejo, dije para mis adentros, repitiéndole; pues sea enhorabuena.

A todo esto, yo me horripilé del descaro, y figúrense ustedes un niño de diez y seis años, con la forma de un muñeco; grave y taciturno, decentemente vestido, dándose la importancia de un hombre de treinta años; de color rubio que tiraba á rojo, cara triangular, boca como una espuerta y con unas narices. ¡válgame Dios qué narices.....! ni á las de un perro dogo podían compararse: sus dientes salían de los labios y en toda su faz era una cariátide verdadera; algo contraecho, parecíase en un todo á ese animal que generalmente llamamos *mico*. Antiguo discípulo mio en la escuela, fué mandado á estudiar en el Instituto de segunda enseñanza, pero con tan poco aprovechamiento, que cada año le costaban

dos, siendo la desesperacion de sus catedráticos, conforme lo habia sido conmigo en las primeras letras: niño mal criado, era el encanto de aquel buen sacerdote, dándole por hablar de filosofía y barbarizando más que palabras pronunciaba; todo ello armonizado de un contoneo en todo su cuerpo que parecia un barco: era, señores, un verdadero ente. Cantaba como una corneja y bailaba como la mano del almirante; pero él, sin embargo, se creia hacerlo muy bien, y generalmente era el hazme reir de todos, sirviendo de broma y de chacota entre sus demás compañeros, más listos que nuestro pobre muchacho. Este es el molde de nuestro tipo. Continuemos.

Se agarra de mi brazo, y travesando su baston y haciéndome seguir el paseo, continuó el siguiente diálogo:

—¿Conque filosofando, Sr. D. Toribio?

—No, tomando el fresco.

—Pues yo iba pensando en un gran problema, un verdadero problema, un logogrifo que tal vez usted pueda descifrar y sacarme de la duda que me atormenta.

—Pregunta, que si yo lo sé, tendrás la contestacion.

—Pues estoy loco ya hace dias con un sublime pensamiento..... con una duda que.....

—Pero dilo, majadero, que siempre serán cosas tuyas.

—¡Cá! no señor, me contesta en tono de sigilo:

entre unos libros antiquísimos, y leyendo filosofía, se me ocurrió la idea de si el Padre Eterno seria blanco ó negro.

No pude menos de pegar un brinco y exclamar.

—¡Blanco y muy blanco!

—Dios hizo al hombre á su imágen y semejanza: y supóngase usted que yo soy negro: Dios era negro, pues yo soy á su imágen.

—No, hombre, no. Adan era blanco.

—No, señor, era negro.

—¡Chiquillo! ¿Donde has aprendido?

—¡Filosofando!

—Pues yo creo que barbarizando.

—No, señor: si yo fuera negro y pintor, le pintaria negro, pues yo tambien querria el ser hijo de Dios, ya que no ha formado más que un hombre: tengo mis razones.....

—De pié de banco.....

—No, señor, muy positivas: era negro.

—¡Pero hombre, eso es una heregia, si eres cristiano!

—Sí, señor, que soy cristiano como usted, y vuelvo á decirle que era negro si hubiera nacido en África.

—Pero como no ha querido, es prueba que le gustó más el ser blanco que el ser negro; es prueba tambien de que su padre era blanco, y prueba tambien de que estudias poco y malo, contesté irritado, y que merecias un pese.....

De pronto suelta mi brazo y aprieta á correr,

cón sus demás compañeros que se encontraban esparcidos, quedándome encantado al ver aquel movimiento. Vuelvo la cabeza, y la causa era que á lo léjos, y por otro paseo, habian visto ó distinguido al sabio y respetable Director del Instituto, que se estaba paseando como nosotros, y el nuevo filósofo temió sin duda le hubieran oido disparatar, no pudiendo menos de soltar la carcajada, y decir para mis adentros: "con muchos micos como este, se logra la felicidad de España".

XII.

LA FORJA Y LOS FORJADORES.

Viaje de recreo al pais de las miserias.

¡Oh, Dios Jove! ¡Omnipotente del Empíreo! dadme una brillante idea para poder, con claridad y galanura, expresar el pensamiento que bulle en mi acalorada imaginacion! ¡Dadme una pequeña parte de la gracia y soltura que tienen en todos sus escritos, cuentos y chascarrillos, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco, Asquerino y otros que tan felices han sido en todas sus manifestaciones.

Esto pensaba yo, sin tener idea alguna que estampar en el papel, y mojado cien veces en el

tintero la pluma, me quedé soñoliento, empezando entonces á ver claro. Vi en lontananza una lucesita que titilante parecía apagarse, pero poco á poco se fué agrandando y de su centro salió una enorme salamandra arrojando fuego por todas partes.

—¡Zambomba! ¡que me voy á quemar! exclamé todo asustado.

—¡Calla, nécio! me responde una voz cavernosa. El dios Júpiter ha escuchado tu peticion, y me manda para que te acompañe, desatendiendo á mi obligacion, en un pequeño viaje á “el País de la Forja,” y conozcas á los forjadores.

—¡Calle! ¿Qué obligaciones tendrá esta señora tan reluciente, ni qué país será ese? dije para mis adentros; mas como no tenia voluntad propia, me sentí agarrado fuertemente de la mano y lanzado en un espacio más negro que mi fortuna, que no es poco sin llorar ni gemir.

Despues que empezamos nuestro viaje, un viento fuerte y calaginoso nos ayudaba en nuestro camino, y sin hablar dos palabras en todo el trayecto, llegamos á una caverna ó cueva sumamente iluminada, con un holor fuertísimo de azufre que me escamó diciendo para mis adentros: “¿Si esta señora me irá á llevar al país de los microbios, ó el cólera morbo asiático se me viene encima?,: pero no veo ni cordon, ni lazaretos, ni fumigaciones.....

—No, tonto; entras en el País de la Forja, me

interrumpe mi acompañanta; y no tengas cuidado que saldrás forjador y de los buenos.

Esto oí ó respondieron á mi soñolienta imaginacion, por lo que determiné el callar antes que adivinaran mi pensamiento. Sin embargo, no me conformaba con eso de ser forjado, y exclamé en tono compungido.

—¡Oh dioses del Olimpo! ¿Qué vais á hacer conmigo? ¡Yo no soy hierro, metal ó piedra preciosa con que podais hacer semejante operacion.

—Y sin embargo, miserable criatura, tienes en tu boca el más útil y perjudicial de los instrumentos para la forja: no temas y sigue andando, me dice la reluciente salamandra.

Vino otro espacio de silencio, prosiguiendo nuestro curioso camino por aquella enorme caverna iluminada con todos los inventos conocidos hasta el dia; desde el fósforo de Cascante hasta la luz magnética, desde el azufre hasta la pólvora de cañon: llegamos á una playa rodeada de enormes y ciclopédicas montañas, pusimos la planta en un tosco muelle de la misma forma, del cual se distinguía un inmenso lago betuminoso tambien alumbrado por una magnífica y colorada luna, contrastando de una manera muy viva ambos fondos.

De pronto suena una trompa marina de una manera horrorosa, y se nos aparece en el muelle una barca con un enorme y abultado enano, que encarándose conmigo exclamó:

—Yo soy Aqueronte, que gobierna la laguna Estigia en union del perro de tres cabezas, que dicen ser hijo mio, y que le llaman Cancerbero. Pase usted, caballero, pase usted, señorita, y les llevaré al País de la Forja y del Salero.

—¡Ay! ¡Dios mio de mi alma! de seguro me llevan á los infiernos, exclamé para mis adentros.

Seguimos y entramos en la barca, empezando á remar. Yo tiritaba de frio á pesar de hacer un calor sofocante, y la salamandra me miraba, se reia y no rechistaba, cosa rara en verdad dado su estado, pues segun me habia dicho muy bajito, en el camino, se encontraba examinada de institutriz. Atravesamos aquel inmenso lago y dimos vista á un magnífico palacio, iluminado profusamente por luces de bengala, que cada vez aparecian mayores conforme nos acercábamos. Llegamos y desembarcamos en una magnífica escalinata de mármol blanco, que contrastaba con lo negro del edificio, en general formado de mármol de aquella clase; pisamos tierra, y volviendo á sonar la enorme trompeta, descansamos en su entrada; mas apenas se habian perdido sus ecos en aquella inmensidad, cuando aparecieron cuatro negros enormes que venian alumbrándose con hermosas hachas de cera, y con suma figura y atencion nos invitaron á entrar, prévio, sin embargo, el pago de algunos reales, lo que me demostró que tambien en los dominios de Pluton

y Proserpina se encontraba el negocio unido al interés.

Nos agarraron de la mano, y vimos un letrado mayúsculo de diamantes como huevos, sobre la puerta, y que decía: “Al templo de la forja,; aquello deslumbraba, se iba la vista. Entramos en un bellissimo pórtico profusamente adornado, saliendo á recibirnos un caballero sumamente largo y escueto, vestido de negro, que tenía un ojo en la frente y una lengua que le colgaba más de un palmo, pero cuya punta era de acero y en forma de flecha. Yo me asusté al ver aquella deformidad, pero no sin asombro quedé más en suspenso cuando ví que para hablar largo y tendido no le estorbaba aquel fenómeno. Dióme la mano, y con un movimiento de rotacion horizontal en aquella diforme lengua, me habló de esta forma:

— Bien venido seais al “País de la Forja,; pasad adelante y vereis, vereis cosas maravillosas, y si teneis oido, sumamente estrepitosas. Aquí se encuentran todos los sabios de Grecia y Roma, sin distincion de colores. Somos la ciencia universal.

— ¡Caramba! que no tiene amor propio este sujeto, dije para mis adentros.

Pasamos á un lujoso salon cubierto de arañas y espejos, en cuyo extremo se encontraba una especie de plataforma con tres mesas, cubiertas con soberbios tapetes de damasco, ó de una tela

encarnada que no se sabia qué era. La mesa de enmedio se encontraba ocupada por tres señores lingui-parlantes, que al parecer era la *Presidencia*, y las otras dos por los disertantes. Detrás de la presidencia y en lo alto de la pared, se veía un enorme dragon que tenia un letrero sobre el lomo, cuyas letras eran de oro, y decía así: “Yo sé todo y nadie sabe más que yo,”: al leer este disparate me horripilé, se me crisparon los nervios. Todo estaba lleno de gente que hablaba acaloradamente y que parecia iban á sacudirse el polvo, segun lo virulentos que estaban. Iba á empezar la sesion, pero antes se me debia presentar, y al efecto, sonó un cañonazo que me hizo caer de espaldas, levantándome mi inseparable salamandra.

—¡No tengas miedo! Eso no es nada, es el saludo de esta buena gente á sus consocios y oyentes.

—¡Ave Maria Purisima! Deben ser muy.....

—Sí, sí, algo de eso; pero silencio, y sobre todo observa, pues esto es el non plus ultra de lo bueno, fino y barato.

Sentóse toda aquella sociedad en sus respectivas butacas, reinando un silencio sepulcral; y entónces, levantándose el presidente, que era un sujeto ya magro y de alguna edad, con todas las trazas de ser un buen peine, les habló de esta manera:

—“Señores socios y consocios, oyentes y disertantes de esta benemérita y sapientísima so-

ciudad de “La Forja”, hoy tengo que presentaros un nuevo señor venido de otras tierras, cosa curiosa y que no tiene la lengua como nosotros los hombres del saber. Debemos admitirlo é inspeccionarlo, abriéndolo en canal para.....

—¡Protexto!, exclamé yo, creyendo ver el hacha del verdugo sobre mi cabeza.

—¡Silencio!, ¡silencio!, repiten varias voces, armándose una confusion de mil diablos.

—¡Pido la palabra! grita un señor, con la pluma detrás de la oreja, grandes bigotes y soberbia perilla, que al parecer era el secretario de aquella honorable sociedad.

—¡Concedida!, ¡concedida!

—“Señores: yo, soy yo; y desde Adan á Ciceron, desde Salustio Crispo á Tito Olivio, desde Jenofonte á Franklin, desde Demóstenes á Emilio Castelar, no hay quien me imite en eso de menear la lengua.

—¡Pues no tiene amor propio este buen señor!, dije para mis adentros.

—Yo, el más humilde.. ..

—¡Mentira!, interrumpe una voz estentórea.

—¡Silencio!, ¡silencio!

—Yo, el más humilde de todos vosotros, con un título académico, tambien el más humilde, tomo la palabra para deciros que yo que hablo todos los dias con Clío, Talía, Pomona y María Farfoya; que soy Pigmaleon, Uliles y que me parezco al Enano de la Venta, os digo que ese ser

informe que nos ha presentado la Salamandra merece la prueba de la "forja".

—¡Bravo!, ¡bravo!, ¡muy bien! repiten multitud de voces.

—Ese caballero intruso que pruebe si es mejor forjador que yo, si arma más líos que yo en un momento y tiene relaciones íntimas con Tubal-Cain, Cecrope, Cadino, Danao, Penélope, Hércules y Teseo, como si conoce al débil y desgraciado Layd I, que casado con Jocasta, tuvo por hijo á Edipo. Si tiene parientes como yo en la Tesalia, Epiro, Atica Megarida, Beocia, Jócida, Locrida, Dorida, Etolia, Acarnania y en toda la Grecia.

—¡Bravo!, ¡bien!, ¡muy bien!

—¡Pido la palabra! repuse yo ciego de ira al oír disparatar de tal manera.

—¡Concedida!, ¡concedida!, me responden, y se establece un silencio sepulcral.

—Hijos de La Forja y forjadores: veo que por desgracia entra en vosotros mucho amor propio, alguna dosis de necedad y mucha de ignorancia. Esto se parece al café del Pombo en la desgraciada época de 1820 al 23.

—¡Ya te lo diría yo, negro! ¿Si estuviéramos entonces? Me interrumpe un carcunda que estaba á mi lado.

—El orador que me antecede ha dicho más disparates que palabras, y bien pudiera ir á explicarlos al Bucéfalo, Babiéca ó Rocinante, que en sus cuadras esperan tranquilos la resurrección

de los brutos, que por desgracia abundan más que los que tienen sana razón. Esto es un centro de necios que.....

—¡A fuera! interrumpe una voz. ¡A fuera!

—¡Ese es un espía!, dice otro. ¡Habrá descaro!

—No; es un loco.

—¡A la calle con él!; ¡fuera de tontos!

—¿A la calle? no señor; antes ha de pagar su necio atrevimiento.

—¡Protesto! que yo no he venido aquí para que se me enseñe, sino por mera curiosidad.

—¿Sí?, ¡pues tú pagarás tan loca curiosidad! ¡El renuevo! exclamó el Presidente y los..... pero los unos chillan, los otros graznan, aquellos alborotan, los otros amenazan y todo se vuelve una tremenda confusión. Yo me siento meneado, empujado y dolorido: las luces se apagan y el caos del desorden se proclama en aquella benemérita sociedad. Mi humilde persona es el blanco de aquellos energúmenos, cuando de pronto suena un tremendo cañonazo que hace temblar todo el edificio y al mismo tiempo siento en la parte más carnosa de mi cuerpo un tremendo garrotazo que me hace despertar, pues..... sí, señores, todo había sido un sueño; pero un sueño horrible, encontrándome con la cabeza apoyada sobre los brazos en la camilla: mi querida zapaquilda (vulgo gata), había tomado posesión de mi colodrillo y roncaba profundamente al compás de mis quejidos y estrepitosos suspiros, y el garrotazo que

habia sentido en mi parte posterior, no habia sido otra cosa que un cariñoso cañazo propinado por mi honorable suegra, que harta de oirme bufar y poco menos que bramar, me habia despertado bruscamente. Todo habia sido un sueño; pero, señores, hay sueños que parecen verdad.

XIII.

UN VETERINARIO DE PUEBLO.

Héme aquí, en el grave compromiso, contraído con un respetable señor amigo mio, de fotografiar este tipo y colocarlo de relieve, por decirlo así, manifestándole el héroe de cinco ó seis cuartillas, para entretener el mal humor de mis lectores y oyentes: pero ya que mi respetable amigo tuvo tan feliz ocurrencia, comprometiéndome á tan árdua empresa, voy á ver si con un poco de paciencia y un palito, llego á terminar mi cuadro, por más que la fuerza del destino envuelve en su negro crespon á ciertas clases de la sociedad, en el oasis de la paja y la cebada, retratándose ellas á sí mismas, por tener que estar suspendida la espada de *Demódes*, por la predestinacion con que nacieron.

Héteme yo filosofando; yo que no conozco á Montesquieu, Humbolf, Loque, Lacordai, Rous-

seau ni á Perico Manguela: que no estoy fuerte en el aleman, inglés, francés, ruso ó cochinchino; pero que puedo escribir correctamente en castellano y hasta si se quiere un párrafo en catalan, lemosin ó medio caló, voy á presentarles á ustedes á D. Ramon Rabazo Ronzalez, veterinario de mi pueblo ó albéitar al por mayor, en su magnífica oficina, vulgo herrería ó despacho para recibir béstias.

Érase nuestro hombre como de unos treinta años, de color cetrino, pero buen mozo, aunque algo derengado del hombro izquierdo, y en toda su fisonomía denotaba la astúcia envuelta con la sonrisa del que va á hacer su negocio. Hijo de padres medianamente acomodados, estudió en Madrid sus años correspondientes, y se examinó de veterinario de primera clase, tomando su título y estableciéndose en el pueblo.

Como estudiante habia sido algo travieso, y nuestro amigo D. Ramon Rabazo Gonzalez habia tenido más de una aventura tenórica, no faltando alguna linda griseta ó toda bella jamona que llorasen sus ingratitudes amorosas en el seno del más profundo desengaño. Se parecia, por lo enamorado, en un todo al rey Pipino, ó al inclito y benemérito señor de Barba Azul ¡chípé! Veámosle cómo se explica,

Nos encontramos en la tienda con el oficial y varios herradores.

—¡Tacones!, ¡pónte bien que te despavilo! Esto

decia nuestro hombre, sacándole una muela á una mula.

—¿Qué manda su mercé, zeñon D. Rimon? esto contestaba un gitano súcio y desharapado, saliendo de entre las patas de varios burros.

—¿Quién te llama so alcornoque?

—Pues yo creia.....!

—Pues no te he llamado, so animal; contestó el maestro, poniéndose bien para con el puntero sacar el hueso.

—¡Como usted siempre quiere que le ayude y le tenga el astial y le tome los *tientos*!

—¡Eres un alcornoque!, pero acude al mulo ahora porque nos mataría á coces. ¿No ves los pómulos y el ángulo facial que los tiene muy hinchados.

—¿Y eso qué es? preguntó el gitano encarándose.

—¡Eso es lo que tú no sabes! y el que quiera saber que vaya y estudie en Salamanca.

Esto decia nuestro hombre forcejeando con la mula, luchando por meterle el puntero de hierro y hacer la operacion, el cual se resistia tenazmente.

—¡Pero zeñon D. Rimon, con ese jierro le va usté al probe animal á cortar tós los piños!

—Ayuda y no sueltes tonterias, animal.

—¡Mas con ese jierro tan largo le va usté á cortar las *maximinas*!

—No se dice *maximinas*, sino glándulas *maxi-*

lares, y submaxilares; y veo que tú vas entendiendo algo de este sublime arte.

—¡Ya lo creo!, como que yo *afeitaba* á tós los asnos, mulas y caballos de mi pueblo.

—¿Y se puede saber de dónde eres? preguntó nuestro D. Ramon, terminando la operacion y soltando el puntero de hierro.

—¡Zeñon D. Rimon! contestó Tacones tirándose el sombrero atrás: soy de la tierra de los guajas y buenos mozos: allí, por un periquete, se despavila un hombre, ó se come la Giralda de Sevilla, ó se junde de un puñetazo el Peñon de Gibraltar.

—¡Hombre!, ¡hombre!, ¿dónde es eso?

—En Jun, partido judicial del Salvador, puerto de mar y salero, en la vega de Graná.

—¡Hombre! pues si ese pueblo dicen que es *el culo del mundo!*

—¡Cá!, ¡no zeñó!; ¡es una tasa de prata.....! Ayí esquilaba yo, jerraba, y.....

—¡Matabas las béstias!, interrumpió nuestro veterinario.

—¡Tampoco es esa!, contestó Tacones azufrado: mas un dia, dia fatal, vino al pueblo tó..... un zeñon Insprector veterinario..... y como no tenia título, tuve que *endiñármela* más que de prisa, pues sin otras razones me hubiera metido en *beró*.

—¡Pero hombre, si no tenias título, y ya ves...!

—¡Como si los títulos no se dieran por un higo!

—¡Cá, hombre, se darán por algo.....! y puesto

que tú dices que sabes mucho, me vas á contestar á cuatro preguntas.

A toda esta conversacion se habian reunido varios curiosos desocupados, deseando el conocer hasta dónde rayaba la osadia de aquel nuevo veterinario de pueblo, que sin haber tenido estudios algunos, se las apostaba con su veterinario, hombre que debia saber su obligacion.

Todos estaban acosados de aquello que se llama *oler lo que no nos importa*, cuando se presentó en la herrería un nuevo personaje que tenia toda la facha de un *criollo*, y de color tan sumamente moreno que tiraba á negro; acompañábale una vetusta y derrengada burra, con tales señales de desesperacion por no querer vivir, que daba lástima el verla, y más bien hubiera servido de estudio á los caninos dientes de un ansioso perro, ó al afilado y corvo pico de un grajo, ó por último, de pasto á las garras de un feo y pestoso buitres que le hicieran terminar su honrada y laboriosa vida.

—¡A la paz de Dios, caballeros!

—Dios guarde á V. tio Anton.

—¿Qué haces tú por aquí, buena pieza?: repuso el nuevo interlocutor, apoyando su membruda mano sobre el hombro de Tacones, que le hizo oscilar, continuando de esta forma:

—D. Ramon, ¿á qué tiene V. aquí á este pillo?

—Calle V., tio Anton, meta V. la burra y verá una cosa curiosa, bonita y barata.

Así lo hizo nuestro hombre, mirando con ira á Tacones, continuando despues el siguiente diálogo:

—Dime so... .. terne, ¿qué enfermedad tiene esa burra?

Tacones se acerca, la mira, le agarra las orejas, le levanta el hocico y el rabo de aquel moribundo animal, y quedándose pensativo, la vuelve á mirar; mas de pronto exclama dándose una palmada en el cogote:

—¡Tiene *itiricia!*

—¡Jesús qué barbaridad! repuso D. Ramon.

No fué más pronto dicho esto, cuando el auditorio rompió en una sonora carcajada, que le hicieron arrugar el entrecejo, prosiguiendo de esta forma:

—Si, zeñores, no hay que reirse: este animalito ha pisao alguna mala yerba, y *asine* tiene el *hano jinchao*, y por eso los *auriculos de la cabeza*, están bailando, como tambien los *poteriales* de una cabeza, y otro *antropófago* que la devora.

—¡No eres tú mal antropófago! so animal, repuso D. Ramon: esa burra lo que tiene es una pulmonía espantosa, que regularmente no la dejará llegar á mañana.

—¡Cál, ¡ni que lo pienses!; contestó Tacones azufrado.

—¿Pero á qué se mete V. en disputa con ese animal? repuso el tio Anton. Yo puedo decirles á ustedes que tuve la debilidad de creerle y fiarme

de su palabrería, y me mató hace pocos días una mula hermosísima, y si me descuido, hace lo mismo con mi pobre *Lucera*, que me ha parido más muleros que el Rey tiene onzas. En la primer fechoría le prometí una paliza, pero ahora le voy á desollar vivo.

Y diciendo y haciendo, se tiró á él como una fiera, mas Tacones, que estaba con escama, dió un salto y sacó unas enormes tijeras de entre la faja, y el tío Anton desenvainó una navaja valenciana, empezando una lucha de brincos y saltos, de voces y escándalo, tratando unos de evitar cualquier desgracia y otros de echar á correr, volviéndose todo ruido y confusion: mas como todo termina en este mundo, dió la suerte de que el Alcalde viviese cerca de la herrería, y avisado oportunamente, acudió al sitio con una pareja de guardias, los que los amarraron hasta las narices y les hicieron tomar el camino de la cárcel; mas cuando todo habia terminado, sintieron un estrépito encima de su cabeza como de abrirse un balcon, y asomándose por él nuestro veterinario D. Ramon Rabazo Ronzalez, que sonriéndose, acabó por expresarse de este modo:

—¡Tocones ó Tacones!, el que quiera aprender que vaya á Salamanca, y se retiró al escape.

¿SI TENDRÉ DUENDES EN MI CASA?

Tomo la pluma, mojo en el tintero, sacudo la tinta y empiezo á querer escribir este artículo para entretener el ánimo del más tétrico y mal humorado lector, si es que no tiene mal de rabia, tiricia ó sanguinuela; lo cual seria una gran desgracia; pero siguiendo nuestra idea, voy á contaros una estupenda y fenomenal historia, que me ha sucedido á mí mismo; y cuenta que os lo puedo afirmar bajo mi palabra de honor.

Erase por los años de 1854, y ya nuestro invicto y benemérito general O'Donell y comparsa habian hecho aquel pronunciamiento en los campos de Vicálvaro, por cuyas resultas trasladaron á mi padre de la Universidad de Valencia á la de Granada, y como consecuencia, tuvimos toda la familia que buscar el camino y meternos todos los dependientes en un carro, llegando despues de mil peripecias, vuelcos, descarrilamientos y otras zarandajas, á la ciudad de Murcia, y nos aposentamos en la calle de Val de Juan, en una antigua y hermosísima casa, que segun decian las comadres del barrio, *tenia duendes*, y que nosotros, como forasteros, no sabiamos que semejantes vecinos tuviéramos tan cerca.

Entramos en la casa, y la verdad, era bien destartalada. La reconocimos por si habia alguno oculto y nos instalamos en ella.

Yo, la verdad es que no creo en duendes, y mucho menos desde que la *Bula de la Santa Cruzada* hizo un..... ¡Va de retro Satanás!; y promulgada, corroborada y bendecida por el Santo Padre, nos manifestó que no debemos creer en ellos.

Sin embargo, dicen que los duendes eran unos ángeles que, cuando la sublevacion de *Luzbel*, unos fueron arrojados á los infiernos y otros se quedaron en el espacio dando saltos y brincos.

Dada esta pequeña explicacion, pasaremos á lo más bonito del caso.

Yo, que soy muy cobarde, que tiemblo ante los vuelos de un mosquito, acompañado de un antiguo criado de mi casa, hombre de pelo en pecho, que habia servido al Rey en Coraceros de Numancia, nada menos que ocho años; montando á caballo todos los dias, ¡que es mucho montar!, nos apoderamos de un precioso entresuelo, le amueblamos á nuestro acomodo, y nos establecimos en él.

Nosotros reparamos que todos los vecinos nos miraban con asombro, cuchicheaban, hacian la señal de la cruz y cerraban los balcones ó ventanas.

Señores, la verdad, me tiemblan las piernas al tener que contaros y meteros en..... ¡una casa de duendes! que..... se entra, pero no se sabe si se podrá salir.

Pero salimos; y al volver á nuestra casa y á poca distancia, nos encontramos una vieja que se nos expresó de esta manera.

—¿Dónde va V., señorito?: me preguntó aquella buena señora, deseando sin duda el enredar con conversacion.

—¡Pues á mi casa!, contesté á aquella comadre súcia y desharrapada.

—¡Están ustedes habitando la casa de los *Duendes!* y ya verán ustedes.

—¡No sé lo que V. quiere decir!

—¡Cómo se conoce que son ustedes forasteros!, repuso la vieja: ¡pues á las doce de esta noche verán ustedes lo que les va á suceder!

—¡Es que yo suelo espantar los duendes de mala manera!, contestó mi criado, atusándose el bigote.

—¡Mañana me lo dirán ustedes!, contestó aquella vieja, volviéndonos la espalda y siguiendo su camino.

—¡Juan, esto va malo!, repuse yo: mejor seria el mudarnos de casa.

—¡Cá, no señor!, tengo yo un antídoto para espantarlos.

—¡Juan, que no vayas á hacer alguna barbaridad.

—¡No tenga usted cuidado y déjemelo de mi cuenta! repuso mi criado atusándose el bigote.

Entramos en la casa y en nuestra habitacion, preparándonos para comer, y en la sobremesa

contamos á la familia lo que nos habia sucedido, riéndose mi padre de que creyésemos en semejantes paparruchas; pero al mismo tiempo ordenó que al otro dia se fuese á buscar casa y nos mudásemos, pues no queria él tener semejantes vecinos, que tan molestos parecian ser, y cuya medida la tomó por precaucion.

Terminada la comida, salimos mi criado y yo á dar un paseo, dejando sobre la mesa de noche un magnífico par de pistolas de tiro, y una espada de caballería, propiedad de mi antiguo criado, el que todavia conservaba sus humos militares, y como tal, era aficionado á toda clase de herramientas.

Despues de comer salimos y tomamos al acaso la primer bocacalle, y fuimos á parar con nuestros cuerpos á lo alto del paseo que se llama *Malecon*: entramos en un café, y despues de andar tonteando hasta cerca de las diez de la noche, tomamos el camino de nuestra casa. Llegamos, y despues de dar las buenas noches á la familia, tomamos una luz y nos retirámos á nuestra habitacion.

Observamos todo con el mayor cuidado y atencion, vimos que todo estaba en el mismo sitio; nadie habia penetrado en nuestro cuarto, y las pistolas y la espada se encontraban en el lugar que las habiamos dejado.

Cerramos las puertas con llave, y nos preparamos para lo que pudiera sobrevenir, acostándonos

vestidos; y..... yo..... la verdad, señores, con un miedo de la fuerza de doscientos cincuenta caballos.

—¡Juan, no podemos andarnos con tonterías! vámonos á la calle.

—¡Quiero esperar á semejante duende y le conoceremos! contestó mi criado; yo los conozco y sé espantarlos.

Pero yo, señores, que no soy duende, me horripilé de lo que hablaba mi fámulo, y con más miedo que vergüenza os voy á contar lo que pasó.

Oimos las diez, y poco más tarde las once, y despues..... las doce, y nos encontramos de pronto envueltos en una tremebunda asonada de cencerros, campanas y cadenas, que viniendo de las solanas ó desvanes y escaleras abajo, nos atronaron y parecia destruir la casa: era un verdadero caos.

Nos levantamos y mi criado afianzó su espada, colgándosela de su cinturon y sus pistolas una en cada mano, me dijo:

—¡No tiemble V., señorito!

Mas de pronto suena como un cañonazo y se nos apareció, señores, un ser en forma de hombre, pero que horrorizaba el verlo y no sé lo que era: llevaba una túnica blanca por vestidura, adornada con llamas negras y en su cintura una espada, adornándole en forma de cabeza, una calavera iluminada por una luz, y la verdad, señores, asustaba á todos,

Como ya hemos dicho, oímos aquel estrépito que bajaba por momentos, y nos hizo creer si sería verdad.

Mi criado se levantó, y yo, la verdad, no tenía fuerzas para nada, pero me metí debajo de la cama.

Mas como mi fámulo era un buen mozo y tenía mucha calma, me dijo:

—Espérese V. y veamos lo que es esto.

Nos enderezamos, y en nuestro aposento no podíamos comprender todo aquel estrépito, pues todo lo habíamos cerrado, puertas y ventanas, sin quedarnos nada que cerrar.

Pero el ruido arreciaba: era horripilante, pues bajando por las escaleras se aproximaba por momentos. El caso era grave.

De pronto suena como un cañonazo, se abren las puertas, se inunda todo de luz, y como ya habíamos dicho anteriormente, se nos aparece aquel estafermo.

—¡Sacrilegos mortales! ¿A qué profanais la mansion de los que padecen? ¡Dejad esta casa si no quereis el pasarlo muy mal! Esto dijo aquel fantasma con voz estentórea.

—¡Yo te lo diré de misas!, repuso mi criado plantándose en medio de la sala y soltándole á boca de jarro un tiro: pero cual fué nuestro asombro, cuando le vimos con mucha calma, llevarse la mano á la boca y enseñarnos la bala, arrojándola al suelo, soltó una tremenda carca-

jada. Mi criado le vuelve á secundar otro tiro, y... con el mayor espanto, le vimos hacer la misma operacion.

—¿Qué es esto? exclamó mi fámulo: ¡á mí con balas frias!: ¡pues yo te calentaré el cuerpo!, y diciendo y haciendo, tiró mano á su espada toledana y empezaron á batirse nuestro duende y él; mas nuestro fantasma manifestaba algun temblor: él sacó su montante ó tizona, empezando el combate de una manera descomunal y encarnizada. A los primeros pases se comprendió que mi valiente criado sabia más y mejor el tirar la espada que aquella quisicosa que se nos presentaba, y despues de un corto espacio de tiempo, mi criado se tendió á fondo, y un

—¡Dios me valga! acompañado de un golpe seco, me hizo comprender que todo habia terminado.

Yo, con mucho miedo, salí de mi escondite; pero mi padre á todo aquel escándalo de tiros y voces, salió á la calle, encontrándose á pocos pasos á un Inspector de policia con su ronda, el que enterándose del caso, entró en la casa, apoderándose del herido, que no tenia nada de gravedad, pues le habia dado un puntazo en el hombro.

El herido se recuperó, le examinaron, y confesó la verdad que habia en aquello.

¿Pero nosotros, queridos lectores, que no lo sabemos?

Ahora lo vereis.

Registrada la casa, entramos en los sótanos, y en un lado de una mayúscula tinaja, nos encontramos con una pequeña puertecita.

Entramos por aquel pequeño agujero y nos encontramos..... la mar.

¡Una fábrica de moneda falsa ..! con sus cuños, troqueles y todas las herramientas correspondientes á su oficio.

La autoridad se incautó en todo ello, y á nuestro fantasma le metieron en la cárcel, cantando de plano, diciendo que no tenia otro oficio que el asustar á las gentes, por lo cual tuvo algunos años de presidio.

La fábrica se encontró, pero no así á los falsificadores.

Pero ¿y las pistolas arrojando balas frias á la cara, qué sería eso?

Pues no era otra cosa que, mientras estábamos en la calle, llegó aquel fantasma, les extrajo las balas y por eso nos las arrojaba á la cara.

Sin embargo, señores, me horripilo solo al referirlo, y aun cuando ya hace muchos años que pasó este lance, siempre le tengo presente al oír cualquier ruido por la noche en medio de la más completa oscuridad, y no puedo menos de exclamar:

¿Si tendré duendes en mi casa?

XV.

Y por último, para terminar nuestra obra y como corona de todos nuestros "*Tipos y Veladas*," finalizando esta obrita con

EL POR QUÉ DE ALGUNAS COSAS.

PUES, SEÑORES, yo tenía un tío mayor en edad que mi querida madre. Natural de Zaragoza como toda la familia, había tomado las armas, bien jóven por cierto, cuando los franceses invadieron á la España en 1808, asistiendo como un héroe á todos los sitios de aquella invicta ciudad, llegando por su valor y buenos servicios á la pátria, al grado de comandante de infantería, y distinguiéndose con bizarría en todos aquellos tres sitios que sufrió la heróica ciudad, cuyos sufrimientos son la más hermosa página de la historia de nuestra pátria.

Nuestro héroe cayó herido y prisionero de Napoleon I ó sea el que decían *Ogro de Córcega*, de aquel invicto general del mundo, y como tal, fué trasladado á Bayona y vigilado como uno de los héroes de Zaragoza. La familia permaneció en aquella ciudad, sufriendo las exacciones é impertinencias del vencedor; mas como no siempre dura lo malo, y más corre un galgo que un

podenco, la fortuna de aquel coloso europeo, que habia brillado en su *Marengo* y *Austerlitz*, se ocultaba y le trajeron á los campos de Waterlóo: su 1804 le condujo al 1815, llegando á tener por trono á Santa Elena, con toda su soberbia; todo habia concluido para aquel trastornador de reinos y de imperios.

Mi tio volvió de aquella emigracion forzosa, y nuestro invicto Rey el *Descado*, le nombró coronel de uno de los regimientos de infanteria que daban la guarnicion á Madrid. Al poco tiempo, sus achaques y desengaños le hicieron el pedir el retiro, viniéndose á Zaragoza; pero sus heridas y padecimientos acortaron su existencia y le hicieron bien pronto bajar al sepulcro.

Como uno de sus herederos, me tocó entre varios muebles, pues dinero no le encontramos alguno, un buró ó medio cómoda de palo santo, que contenia una infinidad de papeles. Cargué con mi herencia y la llevé á mi casa, donde procediendo á un escrupuloso registro solo hallé en mi investigacion, libros, órdenes y comentarios sobre la *ordenanza*; pues mi tio era algo filósofo: pero de todos aquellos papelotes solo me chocó el que llevaba por lema "*El por qué de algunas cosas*,"; le desdoblé y se expresaba de la forma siguiente:

¿Por qué Montesquieu que tenia tanto ingenio se equivocaba tan á menudo?

¿Por qué afirma, por ejemplo, que las monar-

quías están fundadas en el honor, y las repúblicas por la virtud....? ¡Las repúblicas fundadas por la virtud....! Nosotros podemos hablar de todo ello y remitiremos al lector, para la solución, á los librepensadores.

La propiedad del honor, dice Montesquieu, capítulo 7.º, libro III, *es solicitar prerogativas y distinciones*; el honor está, pues, *por este mero hecho, en el gobierno monárquico*. Pero yo veo solicitar todos los días empleos en el Consejo de Estado, en el Senado, Conservatorio, Gobiernos, Embajadas; estas son ciertamente distinciones de que puede vanagloriarse quien las ha obtenido por sus méritos, y deseo que en todas las clases de gobierno no se confieran los principales empleos sino á aquellos que saben al menos conducirse bien y no habria tantas irregularidades.

¿Por qué.... Montesquieu....? pero ¿qué razón hay para que cite á Montesquieu más bien que á otro? ¿Debe estar acaso exento un hombre de sumo ingenio de los errores que nacen de su misma naturaleza, cuando no se ven por todas partes sino males, contradicciones y necesidades?

¿Por qué nos metemos ya en disputas teológicas cuando no están aun curadas nuestras llagas?

¿Por qué nos metemos en lo que no nos importa?

¿Por qué el periodista, á quien pago para que me haga saber buenas noticias, llena su periódico de discursos bien triviales y de pura necesidad?

¿Por qué se ha de insultar continuamente á los deistas y ateos que viven tranquilos y nos desprecian áltamente?

¿Por qué leen con tanta ánsia los beatos que quieren pasar por hombres de talento, los periódicos de esos mentecatos de carlistas?

¿Por qué no habian de convertirse esos hombres al gremio de los que militan bajo la bandera de los *librepensadores*?

¿Por qué no hemos de enterrar á los muertos de dia, como si fuese indispensable entristecer á los vivos para cumplir con aquellos?

¿Por qué cuando vuelvo á mi casa á las nueve de la noche me ha de infestar un impertinente con sacar los estiércoles de su casa?

¿Por qué ha de haber gentes que prefieran el robo ó la mendicidad al trabajo que les mantendria y les honraria?

¿Por qué ha de haber tontos, que ahogándole con su propia lengua, no darian tanto que hacer?

¿Por qué hay tantos bribones que prosperan?

¿Por qué es despreciado por los ricos el hombre de bien que se halla en la indigencia?

¿Por qué hay frenéticos que vayan á perder la vida en la guerra, por complacer á sus soberanos, que los desprecian?

¿Por qué encuentran los soberanos, cortesanos imbéciles, siendo así que les llenan de disgustos?

¿Por qué va el hombre que no necesita de nada á bajarse en la córte?

¿Por qué existen mujeres públicas cuando no sacan de su oficio sino ignominia, miseria y palos?

¿Por qué vemos tantos hombres que andan tras esas mujeres que fingen amarlos por dos pesetas, cuando por una pequeñez ó cinco duros la pudieran tener propia?

¿Por qué suelen tener aquellas la enfermedad que para los hombres es tan dolorosa?

¿Por qué ha de estar expuesta la mujer más virtuosa á obtener ó adquirir un marido libertino?

¿Por qué ha de haber gentes, que si no tengo gusto en recibirlas, me fastidien y encocoren?

¿Por qué existen tantos contagiados con esta enfermedad que causa hastío y desprecio?

¿Por qué es tan doloroso á las mujeres los partos?

¿Por qué sufren tanto nuestra cara mitad de los pechos cuando crían?

¿Por qué se derrama la leche por los cuerpos de las mujeres que tienen postemas, grietas, etc., cuando todo estaba concluido con que criasen á sus hijos?

¿Por qué padece por espacio de tres semanas, y á veces durante tres meses, la criatura recién nacida?

¿Por qué ha de morir el parvulito al echar la dentadura, que le es tan necesaria para su alimentacion?

¿Por qué al llegar á edad madura, se aprecia

tanto la vida, de la cual se queja uno con razon?

¿Por qué los padres lloran la muerte de sus hijos, cuando no hubiesen sido más felices que los que le dieron el ser?

¿Por qué produce la tierra venenos?

¿Por qué han de provenir la fiebre amarilla, el vómito negro, el bubon, la peste y el cólera morbo, etc., etc., siendo así que emanan de las exhalaciones que despide la tierra?

¿Por qué llueve en el mar y no en los desiertos de la Siria?

¿Por qué ha de haber comarcas enteras estériles, mientras muchas tienen abundancia de pan?

¿Por qué ha de destruir el granizo en una hora, parte sola de aquellos que son nuestro elemento y el fruto esencial para nuestra alimentacion?

¿Por qué hay abogados que se empeñan en hacer lo blanco negro, estando la Ley bien clara y terminante?

¿Por qué cae un rayo y asesina á una criatura indefensa?

¿Por qué suena un terremoto y hunde á mi casa?

¿Por qué.... en esto terminaba aquel endiabrado manuscrito algo borroso; pero yo, señores, me horripilé de tanto *por qué*, y doblándolo cuidadosamente le volví á meter en el buró y en un cajoncito, para que nunca volviera á salir de la oscuridad?

¿Pero no os sorprende la forma y manera de filosofar de mi querido tío? Yo no lo entiendo, señores, pero comprendo que aquello era barbarizar por lo alto: así podía decirse que toda la filosofía de principios de este siglo, se le había indigestado, y que vomitaba veneno, lo cual no era muy sabroso.

Y ahora me despido de tí, querido lector, disimulando tanto *por qué*, y deseando que toda la obra sea de tu agrado.

